

LA PRIMERA EXPEDICION KOTZEBUE, EN FILIPINAS

En los primeros años del siglo XIX, las aguas del Pacífico se vieron surcadas por barcos rusos que realizaron diversos viajes de circunnavegación, en expediciones de carácter científico, como las que tuvieron lugar en la centuria anterior, protagonizadas especialmente por ingleses y franceses.

El primero, en el tiempo, fue el realizado por las fragatas *Nadeshda* y *Neva*, al mando de los capitanes A. J. de Krusenstern y J. Lisianski. El primero, comandante de la expedición, llevaba a bordo, como guardia marina, a Otto von Kotzebue, que va a realizar después dos viajes de circunnavegación, uno en los años 1815-1818, y otro de 1823 a 1826.¹

En mis investigaciones sobre la historia de Filipinas, encontré unos documentos relativos a la primera expedición de Kotzebue, lo que atrajo mi atención sobre este tema.

El *Diario* del comandante, y otros documentos del viaje, en versión inglesa de H. E. Lloyd, fueron publicados en Londres, por Longman Hurst, Orme, and Brown, el año 1821, en tres volúmenes. En primer lugar aparece una amplia *Introducción* del capitán Krusenstern, en que explica los objetivos y preparativos del viaje, seguida de las *Instrucciones* sobre las observaciones astronómicas que debían realizarse durante el mismo, debidas al Dr. Hörner. Al final del *Diario*, que ocupa el resto del volumen primero y parte

¹ Sobre los trabajos científicos de los rusos en el Pacífico, vid. *The Pacific Russian Scientific Investigations*. Academy of the U.R.S.S. 1926.

del segundo, aparece un *Análisis de las islas descubiertas por el Rurick en el Gran Océano*, cuyo autor es Krusenstern, y una relación de las enfermedades que padeció la tripulación en los tres años de viaje, hecha por el médico del buque. Siguen *Remarks and Opinions of the Naturalist of the Expedition*, que comienzan en la página 351 del segundo volumen, y ocupan la mayor parte del tercero; en éste se incluyen varios apéndices que recogen estudios y observaciones realizadas.

Todo el conjunto documental ha sido reimpresso en edición facsimilar, por N. Israel y Da Capo Press, Amsterdam-New York, 1967,² y es la edición que utilizamos en nuestro breve trabajo, que pretende llamar la atención de los estudiosos sobre una expedición científica que apenas se menciona en las obras que tratan de la historia de los descubrimientos geográficos. Incluso las que la citan, le dedican escasos renglones, y ninguna que sepamos se ocupa de su escala en Filipinas.³ Ello me ha impulsado a detenerme

2 Son los vols. 17 a 19 de la *Bibliotheca Australiana*.

3 Ch. de La Roncière, en *Histoire de la Découverte de la Terre. Explorateurs et Conquerants*. Paris, 1938, le dedica sólo un breve párrafo en las páginas 212 y 213; Albert Bettex, *The Discovery of the World*, London, 1960, pág. 204, solo dice lo que sigue: In 1815 Otto von Kotzebue, then in Russian service, was despatched to investigate the possibility of a northerly route to the east, across the Bering Strait, and to spend the winter season in collecting geographical and ethnological data on some of the Islands the Ducht had discovered in the South Pacific. The journey was cut short in 1818, because the leader developed tuberculosis. It had achieved its best results in Alaska, discovering the great Sound that now bears Kotzebue's name. The poet Adelbert von Chamisso sailed with the *Rurick* to undertake research on natural history. He later published a selection of notes on the subject, and a journal which has a permanent place in German literature; Etienne Grill, *Voyages et Découvertes à Travers le Monde. (Amerique-Océanie)*. Casablanca, 1956, dedica a la expedición del Rurick las págs. 472-478, pero no menciona las escalas en Chile, California y Filipinas; Wilhelm Treue, *La Conquista de la Tierra*, Barcelona, Ed. Labor, s. a. en las págs. 409-415 copia algunos fragmentos de las "Observaciones" de Chamisso, referentes a Oceanía; J.N.L. Baker, *A History of Geographical Discovery and Exploration*, New York, 1967, consagra dos páginas del capítulo XVII a los viajeros rusos Krusenstern y Kotzebue; L.-H. Parias, *Historia Universal de las Exploraciones*, Madrid, 1968, estudia con algún detalle la expedición de Krusenstern en el vol. III, págs. 345-352, pero sólo hace una brevísima referencia al viaje primero de Kotzebue, y en el tomo IV, dedica a éste diecinueve líneas, en la pág. 24. Otras muchas obras que hemos consultado, ni siquiera lo citan. No aparecen tampoco en las amplísimas *Notas para una Bibliografía sobre viajeros relativos a Chile*,

especialmente en ésta, para mí de gran interés, pues he podido contrastar las impresiones de los viajeros rusos que visitaron Manila a comienzos del siglo XIX, con las que personalmente obtuve en 1977, durante una estancia de tres meses en el Archipiélago.

Por creerlos interesantes, publico aquí en español el fragmento del *Diario* de Kotzebue correspondiente a los días 12 de diciembre de 1817 a 29 de enero de 1818, tiempo que duró la escala del *Rurick* en Filipinas, y el capítulo de las *Observaciones* de Chamisso titulado *The Philippines*.⁴

Los autores y protagonistas de la expedición

Otto von Kotzebue, autor del *Diario* y comandante de la expedición, era hijo de Augusto Federico Fernando, nacido en Weimar, el año 1761, que en 1783 entró al servicio de Rusia y fue nombrado por Catalina II gobernador de Estonia. Por este motivo, Otto nació en Reval (1787). Augusto von Kotzebue es tan célebre por sus obras literarias como por su carácter soberbio y orgulloso. Su obra más famosa, *Misanropía y arrepentimiento*, fue conocida en toda Europa. En las campañas de 1812 y 1813 contra Napoleón, formó parte del cuartel general ruso, y redactó las notas diplomáticas y las proclamas de Alejandro I. Fue asesinado en Manheim, por un fanático estudiante prusiano, que lo consideró traidor a la patria.

Su hijo Otto ingresó en la armada imperial, y como ya se ha dicho, acompañó a Krusenstern en el primer viaje ruso de circunnavegación, realizado entre los años 1803 y

preparada por Guillermo Feliu Cruz, para su edición de los *Viajes Relativos a Chile* (1615-1822) traducidos y prologados por J. T. Medina. Edición del Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, Santiago de Chile, 1962. 2 vols. Tampoco Medina incluyó ninguno de los dos viajes de Kotzebue, aunque en ambos visitó Talcahuano y Concepción.

⁴ Utilizo el texto de la edición inglesa de 1821, citada en [2]. En su traducción me ayudó eficazmente mi hermana Carolina, a la que agradezco su colaboración.

1806, a bordo de la *Nadeshda*, en cuya expedición adquirió mucha práctica en observación astronómica, levantamiento de cartas, y operaciones higrométricas. Posteriormente, en 1812, navegó de Arcángel al Báltico, a las órdenes del almirante Crown y del capitán Hamilton, quedando ambos muy satisfechos de su competencia.

El naturalista de la expedición, Adalbert von Chamisso, era un francés⁵ emigrado a Prusia con sus padres en 1790, cuando tenía nueve años; él no quiso volver a Francia, terminada la Revolución, y siguió viviendo en Berlín, donde murió en 1838.

Chamisso era literato y autor de la conocida novela *Peter Schlemihl. El hombre que vendió su sombra*. En la edición de sus obras completas, publicadas en 1836, se incluye el *Viaje alrededor del mundo* que comprende un *Diario* y sus *Observaciones y Opiniones*. No hemos podido consultar esta obra, pero según parece el *Diario* revela fuertes desavenencias con Kotzebue, que por su parte, nada deja traslucir en el suyo.

Objetivos y preparativos del viaje

A comienzos del siglo XIX se continuaba buscando el paso del Noroeste, es decir la comunicación Atlántico-Pacífico por la parte septentrional del continente americano. El fracaso de las expediciones que lo intentaron desde la costa oriental de Norteamérica, en sentido este-oeste, hizo concebir a Krusenstern el proyecto de buscar el paso desde el Pacífico, penetrando por el Estrecho de Bering. Esta idea la comunicó al conde Romanzoff,⁶ que se convirtió en promotor y mecenas de la empresa, sufragada completamente por él.

⁵ Nació en el castillo de Bon Court (Champaña) en 1781.

⁶ Era hijo de Pedro Alejandrovich Romanzoff (1725-1796) el famoso general que venció a los turcos a orillas del Pruth y con su victoria obtuvo para Rusia la liberación de Crimea, la posesión del Mar de Azof, y la libre navegación por el Mar Negro y los Dardanelos.

Los planes sufrieron larga demora por la situación bélica de la Europa de Napoleón, ya que Rusia tuvo un importante papel en la lucha contra el gran corso. Pero antes de Waterloo, ya se habían comenzado los preparativos del viaje.

A comienzo del año 1814, Krusenstern fue a Suecia para encargar la fabricación del barco al constructor naval Erick Man, según planos del ingeniero ruso Mr. Rasumoff. En este viaje le acompañó Kotzebue, a quien su antiguo comandante había recomendado con entusiasmo al conde Romanzoff, para que le diera el mando de la expedición.

Se encargó un barco de 180 toneladas, que llevaría una tripulación de veinte hombres, y cuyo costo fue de 30.000 rublos. La pequeñez del navío ofrecía inconvenientes para un viaje de este tipo, por ejemplo, poco espacio para víveres y repuestos, y para almacenar los objetos de historia natural que fueran recogiendo, y por supuesto, incomodidad para sus ocupantes. Pero también tenía ventajas, como poder aproximarse a la costa mucho más que otro mayor, y por tanto examinar y estudiar mejor ciertos detalles.

Por eso se eligieron estas características para el *Rurick*, nombre dado al buque por expreso deseo del conde Romanzoff.

Krusenstern se ocupó de equiparlo con todo lo necesario para una expedición de esta naturaleza, e hizo un viaje a Inglaterra con el fin de adquirir los mejores y más modernos instrumentos de observación astronómica y física, así como una amplia colección de cartas náuticas.

Para el aprovisionamiento de víveres se utilizó el entonces reciente descubrimiento de Mr. Donkin para mantener en buen estado durante mucho tiempo, la carne, legumbres, leche y otros alimentos. Se trataba sencillamente de latas de conserva. La carne se adobaba con una salsa fuerte, y según Krusenstern, «is better than when fresh». Estos alimentos así preparados contribuyeron decisivamente a evitar el escorbuto a bordo del *Rurick*.

Las precauciones tomadas para cuidar la salud de los tripulantes, se mostraron eficaces, pues en un viaje de tres años, en que recorrieron los más diversos climas, sólo falleció un hombre .

La oficialidad del *Rurick* la formaron, con su comandante, dos segundos, el teniente de navío Schischmareff y el subteniente Zacharías, que enfermó en Inglaterra y tuvo que desembarcar en Kamchatka. El médico de a bordo era el Dr. Eschholtz, y además de Chamisso iba también otro naturalista, el Dr. Ledebour, profesor de la Universidad de Dorpat, y el pintor Luis Choris.⁷

El Derrotero

El *Rurick* zarpó de Reval el 16 de junio de 1815, y después de tocar en Kronstadt, Copenhague, Plymouth y Tenerife, cruzó el Atlántico para hacer escala en la isla brasileña de Santa Cruz, casi en el mismo lugar donde había fondeado la *Nadeshda* doce años antes.

El 28 de diciembre salió de este puerto, y el 22 de enero de 1816 doblaba el cabo de Hornos a la altura de 57° 33'. Fue una gran suerte para ellos no haberse desviado tanto hacia el sur como otros navegantes.

El 12 de febrero estaban ante el puerto chileno de Talcahuano, donde se detuvieron veinticuatro días (hasta el 8 de marzo) siguiendo su viaje hacia el NW en demanda de la península de Kamchatka. Por tanto, el *Rurick* cruzó el Pacífico en diagonal, desde el Cabo de Hornos hasta dicha península asiática. Aunque según sus instrucciones debía visitar la isla Pitcairn, como el viaje hasta Chile había resultado más largo de lo previsto, Kotzebue decidió suprimir esta escala.

En la travesía descubren una isla a los 144° 28' 30" de

⁷ Todos estos datos proceden de la Introducción redactada por Krusenstern, para la edición del *Diario* y demás documentos relativos a la primera expedición de Kotzebue.

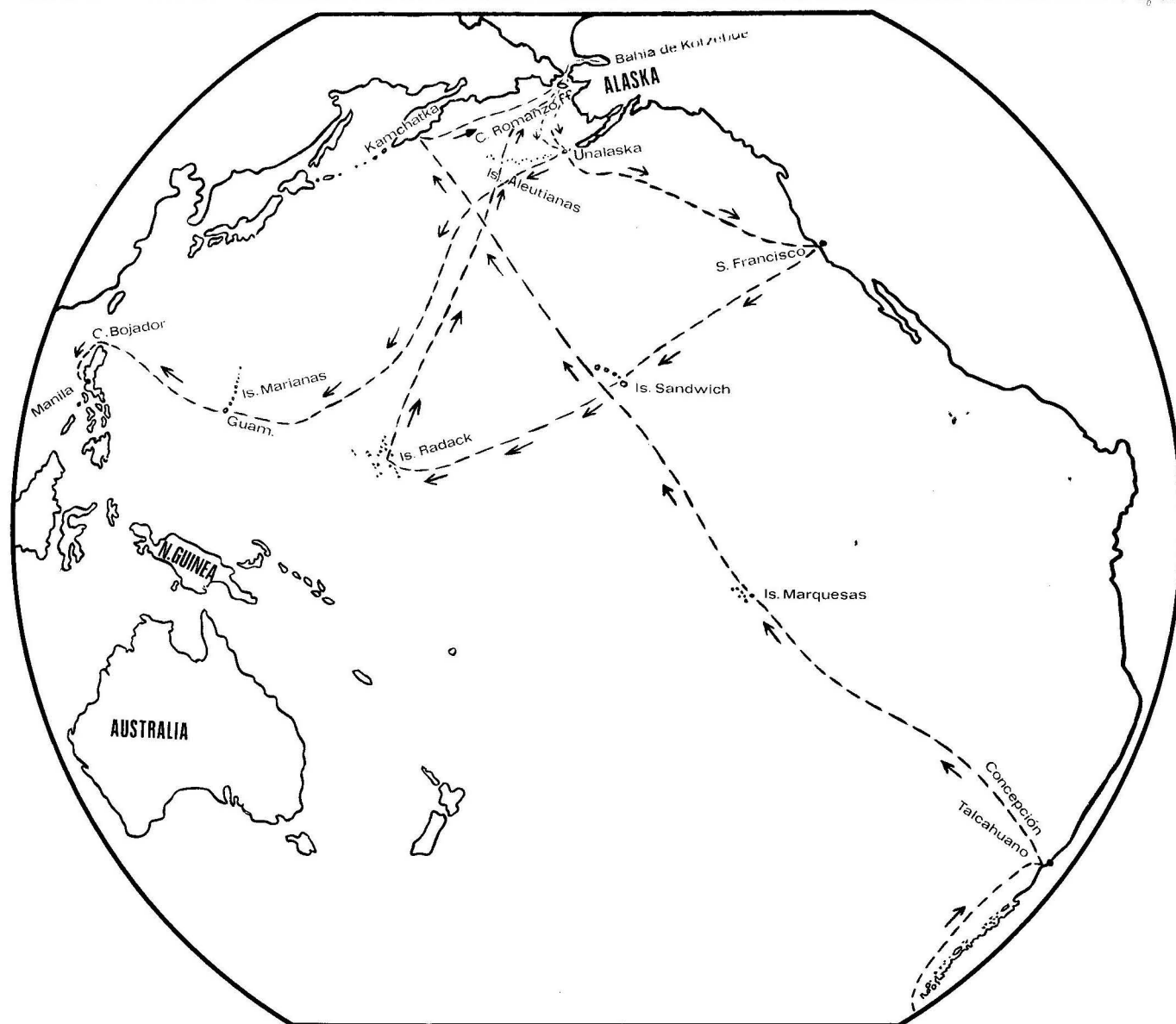


Lámina 1.

DERROTERO DE LA PRIMERA EXPEDICION KOTZEBUE EN EL PACIFICO 1816 - 1818

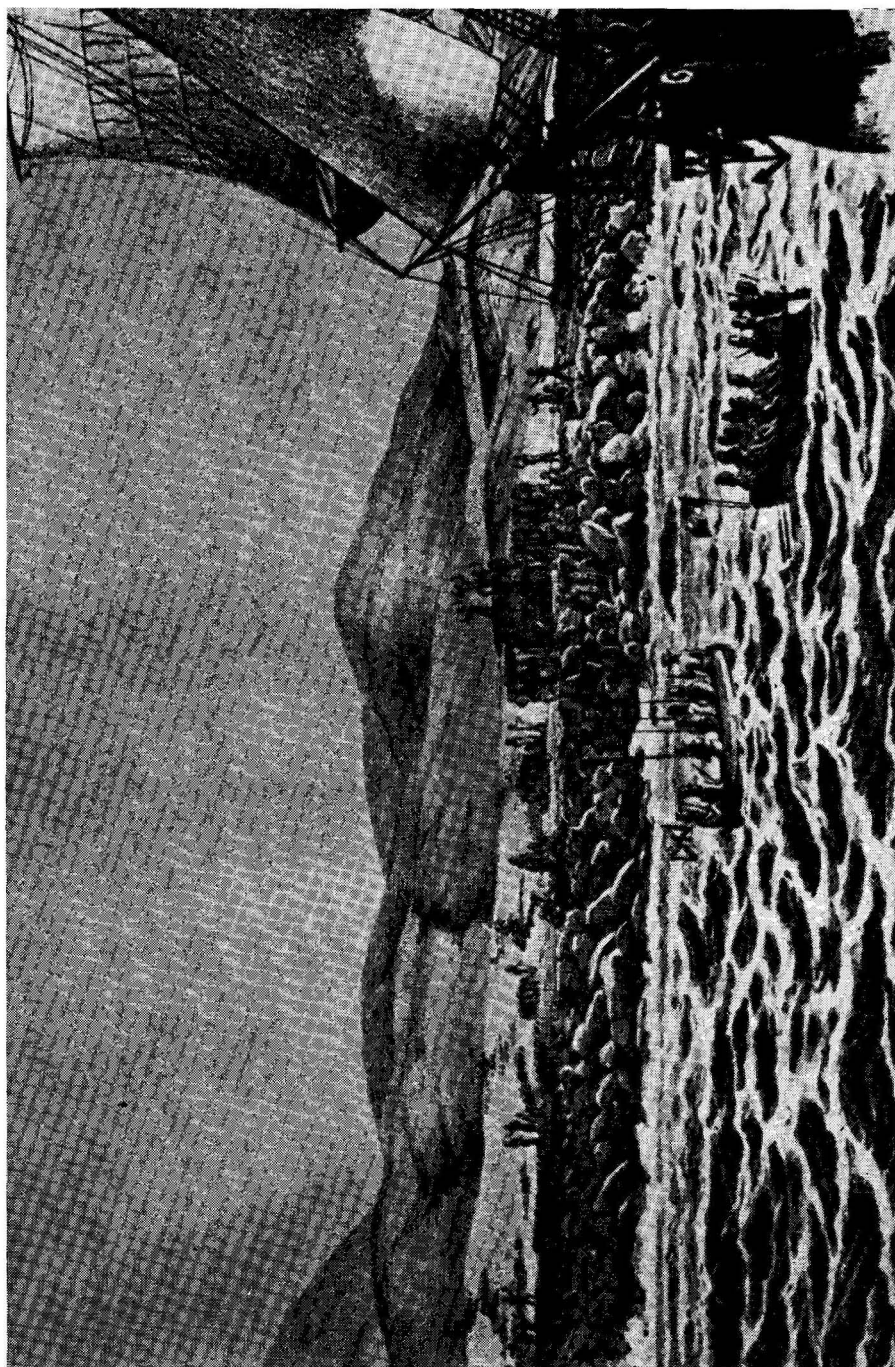


Lámina 2. — Grabado de L. Choris pintor de la expedición. *Parías, Historia de las exploraciones*, vol. IV.

longitud oeste y 14° 57' 20" de latitud sur, a la que bautizaron con el nombre de Romanzoff.

Desde Kamchatka el *Rurick* puso rumbo al estrecho de Bering y lo cruzó para intentar la búsqueda del paso, como le señalaban sus instrucciones. Llegó a alcanzar la latitud de 66° 48' 47" norte e invirtió los meses de junio-agosto de 1816 en explorar estas tierras boreales, descubriendo la bahía que llamaron de Kotzebue, nombre que hoy conserva, y dieron el de cabo Romanzoff a un saliente de la costa de Alaska, topónimo que también subsiste.

Esta fue la máxima altura alcanzada por el *Rurick*, que después visitó la isla de Unalaska, y más tarde bajó hasta California, donde hizo escala en el puerto de San Francisco. También ahora los rusos tienen ocasión de gozar de la tradicional hospitalidad española, como en Talcahuano.

Aquí permanecieron desde primeros de octubre hasta mediados de noviembre de 1816. Después, hicieron rumbo a las islas Sandwich, y luego a las Radack, donde comenzó para ellos el año 1817, que pasaron navegando por el Pacífico; después de subir hasta las islas de St. Lawrence, tocan por fin en las Marianas, adonde llegan en noviembre, con el barco ya muy maltratado en su casco y aparejo. Por eso Kotzebue decidió hacer escala en Manila, donde esperaba hallar la ayuda necesaria para reparar el buque y reponer sus víveres.

El 29 de noviembre dejaron la isla de Guam y el 12 de diciembre avistaron el cabo Bolinao, en Luzón, donde se detuvieron algo más de mes y medio. Terminada la estancia en Filipinas, el *Rurick* puso rumbo al estrecho de la Sonda, y el 4 de marzo de 1818 cruzaba el trópico de Capricornio. El 30 doblaron el Cabo de Buena Esperanza, deteniéndose en Cape Town para reponer agua y provisiones.

La escala siguiente fue la isla de Santa Elena, en cuyo puerto no llegó a fondear, pues los ingleses le recibieron con gran desconfianza, justificada por la presencia en la

isla del ex Emperador de los franceses, allí prisionero. Kotzebue pensaba detenerse para brindar al comisario ruso, conde Balleman, la oportunidad de escribir a su país y enviar las cartas por medio del *Rurick*. Cuando el barco estaba a la vista del puerto de James Town se le acercó un bergantín de guerra inglés y subió a su bordo un oficial que entró en el camarote del capitán con la pistola amartillada. Le dijo que a la mañana siguiente anunciaría su llegada por telégrafo a las autoridades de la isla y entonces podría entrar en puerto. Confiando en ello, el 25 de abril el *Rurick* se aproximó a la rada, y de pronto oyeron silbar una bala de cañón que pasó sobre sus cabezas: las baterías de la isla disparaban contra el buque ruso, y aunque éste izó su bandera, un segundo disparo de cañón le obligó a ponerse al paio. Poco después subía a bordo el teniente del barco de línea *Conqueror*, que se ofreció a conducir al *Rurick* hasta el puerto; pero cuando el barco empezó a moverse, una tercera bala le hizo detenerse de nuevo. El oficial inglés les dejó prometiendo que a las once recibirían permiso para entrar en la rada, mas como a las doce aún no había llegado, Kotzebue renunció a esta visita y puso rumbo a la isla Ascensión.

El viaje continuó sin otros incidentes: el 3 de junio avistaron la isla de Flores, del archipiélago de las Azores, y el 16 por la tarde fondearon en Portsmouth, donde el comandante del *Rurick* fue recibido por el príncipe regente Jorge⁸ y por el archiduque Nicolás Pawlovich. El día 30 levaron anclas, y después de detenerse algunos días en Copenhague, el 23 de julio, «con indescriptible emoción», escribe Kotzebue, vio de nuevo su ciudad natal que había dejado casi exactamente tres años antes. El *Rurick* rindió viaje en el río Neva, frente al palacio del conde Romanzoff, el día 3 de agosto de 1818.⁹

⁸ El futuro rey Jorge IV, que desde 1810, por la locura de su padre actuaba como regente.

⁹ Todos los datos sobre el derrotero los tomamos del *Diario* de Kotzebue.

Según Bettex¹⁰ Kotzebue enfermó de tuberculosis durante el viaje. Nada dicen a este respecto el *Diario* ni los demás documentos de la expedición, y no parece cierta esta noticia teniendo en cuenta que en los años 1821 a 1823 realizó otro viaje alrededor del mundo. Si realmente hubiera contraído dicha enfermedad, es difícil que pudiera hacerlo, porque en aquella época era casi imposible su curación.

Resultados del viaje

Aunque no se lograra el objetivo principal, es decir, hallar el paso del Noroeste navegando desde el estrecho de Bering hacia oriente, los resultados científicos fueron importantes, y también se realizó algún verdadero descubrimiento geográfico, como el de la bahía de Kotzebue, si bien algunas de las islas que creyeron descubrir, no eran desconocidas, sino diversamente situadas en las cartas, por errores en la determinación de sus coordenadas. No me propongo estudiar aquí este aspecto del viaje, por lo que no me detengo en ello.

Si interesa destacar que fueron también importantes las observaciones astronómicas, estudios oceanográficos y meteorológicos, de ciencias naturales, de etnografía y de lingüística que realizaron diversos miembros de la expedición.

Las escalas del Rurick en puertos españoles

Los establecimientos españoles de la costa americana, y del Pacífico en que se detuvieron los marinos rusos fueron Talcahuano (Chile), San Francisco de California, las Marianas y las Filipinas, siendo en todos estos lugares bien acogidos y agasajados. Las impresiones que Kotzebue re-

10 Ob cit. pág. 204.

fleja en su *Diario*, son muy sabrosas, especialmente las que se refieren a Chile y Filipinas.

A Talcahuano llegaron el 12 de febrero de 1816, como ya dijimos, y fueron recibidos con recelo, por la frecuencia con que aparecían frente a aquel puerto barcos piratas, pero al fin se les acercó un bote que les dio práctico, y pudieron fondear. Poco después subió a bordo el comandante de la plaza, don Miguel de Rivas, teniente coronel de infantería española; después de los primeros saludos les preguntó su nacionalidad, pues la bandera que ondeaba en la popa del barco era desconocida en aquel puerto; y tuvo una gran sorpresa al saber que eran rusos.

Cuando Kotzebue le mostró un oficio del ministro de España en Londres, en que daba a conocer el objeto del viaje, el gobernador se puso a su disposición para todo cuanto necesitara y les invitó a bajar a tierra por la tarde.

Al desembarcar, los marinos rusos se vieron sorprendidos por una numerosa y elegante reunión de señoras y caballeros, en la que hubo música y baile. Kotzebue refleja el placer que experimentaban, después de las fatigas del viaje, disfrutando de la amable hospitalidad chilena.

En un sabroso párrafo del *Diario*, el comandante del *Rurick* manifiesta su asombro al ver sentada a sus pies, en una de las gradas del estrado que ocupaban las damas y caballeros de edad madura, a una hermosa joven vestida de satén y adornada con brillantes. Quedó muy embarazado, pero al ver que todos los caballeros gozaban de la misma distinción, se tranquilizó y osó levantar los ojos de nuevo.

Otra sorpresa de distinto género le aguardaba cuando llegó la hora de tomar el té, servido en mate, costumbre que le repugnó, pero cuando llegó su turno, dominándose puso los labios en lo que él llama *pipa*, para retirarlos inmediatamente, abrasados. Por ello, en su diario avisa a futuros visitantes, que tomen la pipa con los dientes, procurando no rozarla con los labios.

No obstante este percance, dice que le agradó el gusto de la hierba o té del Paraguay.

El comandante de Talcahuano comunicó la llegada del *Rurick* al gobernador de Concepción, que, como todas las autoridades españolas, había recibido una orden circular para que, si el barco ruso llegaba a su jurisdicción, fuera bien recibido y se le prestara toda la ayuda necesaria.

Don Miguel de Atero mandó dar a Kotzebue la mejor casa de Talcahuano, y le visitó personalmente a bordo, acompañado de varias señoras. Fue recibido con todos los honores debidos a su rango, y despedido con salvas de cañón.

Los cronómetros y demás instrumentos quedaron instalados en tierra el 16 de febrero, y, mientras se realizaban las reparaciones necesarias en el barco, bajo la supervisión del teniente Schismareff, los científicos de la expedición estudiaban la fauna y flora del país, así como sus minerales, y el comandante se dedicaba a las observaciones astronómicas y físicas.

El gobernador les obsequió con una fiesta en Concepción y ello les dio oportunidad de admirar el paisaje en el corto trayecto de dos leguas que separa ambas ciudades. Kotzebue muestra su admiración ante los hermosos huertos que, casi sin cuidados, ofrecían los mejores frutos tropicales.

A la llegada fueron recibidos con salvas de cañón, y la tropa formada; el gobernador les esperaba en uniforme de gala, y dentro del fuerte se hallaban las personas notables de la ciudad, incluido el obispo.

La mesa estaba preparada «como en los grandes banquetes de Europa» y había hielo en abundancia, traído de la cordillera andina. Los rusos agradecieron mucho esta atención, porque les molestaba especialmente el fuerte calor. Por la tarde hubo baile, al que asistieron muchas damas

elegantemente vestidas, pues como hace constar Kotzebue, «las chilenas reciben sus trajes de París».

El conde Reyes les invitó a un baile el día siguiente, y también visitaron la pequeña villa asentada en las márgenes del Biobío, cuya población era entonces de 10.000 habitantes.

Para corresponder a estas atenciones, los marinos rusos organizaron un baile en Talcahuano, el día 3 de marzo. Los invitados llegaron temprano, los hombres a caballo y las señoras en los típicos carruajes de dos ruedas, tirados por bueyes, y cubiertos por lo que Kotzebue llama «una choza».

Los invitados subieron por la tarde a bordo para visitar el *Rurick* que les pareció muy pequeño, pero bonito.

Después comenzó la fiesta en un almacén convertido en salón de baile, cuyo adorno e iluminación, que describe el *Diario*, agradó mucho a los asistentes. La fiesta se prolongó hasta el amanecer.¹¹

Terminada la reparación del *Rurick*, y reembarcados todos los instrumentos, el 8 de marzo levó anclas aprovechando el viento favorable para abandonar la costa chilena a la que volvería años más tarde Kotzebue en otro nuevo viaje alrededor del mundo.

En California

Después de intentar, sin éxito, encontrar el paso, como ya queda referido, el *Rurick* navegó a lo largo de la costa occidental del subcontinente norte, y entró en el puerto de San Francisco de California el día 1.º de octubre de 1816.

11 La escala en Chile se describe en el cap. V del *Diario*. Kotzebue advierte a los navegantes que visiten este puerto que en algunas de las numerosas tabernas de la ciudad, mezclaban con el vino el jugo de una hierba para él desconocida, que producía terribles efectos; a algunos marineros los puso en un estado próximo al frenesí seguido luego de un relajamiento general de los nervios. Y añade: "Probably this beverage is calculated to plunder foreigners, as this generally follows the drinking of it". *Diario*. vol. I. pág. 130.

Su llegada causó la misma sorpresa que en Talcahuano pues tampoco habían visto allí jamás un barco ruso.¹²

San Francisco era entonces sólo un fuerte y una misión franciscana, una de las fundaciones de Fr. Junípero Serra, establecida en 1776. El comandante del presidio, don José de Argüello,¹³ les recibió con amabilidad, enviándoles como obsequio de bienvenida un cesto de frutas, y les ofreció toda su ayuda.

No hubo aquí fiestas ni bailes, como en Chile, pero en cambio tuvieron oportunidad de visitar la misión y asistir a su fiesta principal, el 4 de octubre, día de San Francisco, celebración descrita con todo detalle en el *Diario*.

En este puerto, los tripulantes se repusieron de las fatigas del viaje, alimentándose de víveres frescos, y el *Rurick* fue calafateado, reparadas sus velas y renovado el cordaje. Como en Chile, Schischmareff dirigió los trabajos, mientras el comandante realizaba observaciones con los cronómetros y demás instrumentos. Los naturalistas encontraron muchas cosas que estudiar en este país y el pintor también halló en qué ocupar su tiempo.

Como la Russian American Company poseía un establecimiento al norte de San Francisco, a un día y medio de viaje por mar, Kotzebue envió un mensajero al agente de dicha Compañía, M. Kuskof, pidiéndole algunas cosas que necesitaba.

El 16 de octubre llegó a San Francisco el gobernador de la Alta California don Pablo Vicente Sola¹⁴ y al día siguiente se presentó M. Kuskof trayendo cuanto se le había pedido.

También aquí los viajeros rusos encontraron la mejor acogida por parte de las autoridades españolas, y fueron

12 La escala en California, en cap. IX del *Diario*.

13 Kotzebue le llama Luis.

14 Ocupó el cargo desde 1815 a 1822.

obsequiados dentro de las limitadas posibilidades que ofrecía la modesta colonia.¹⁵

El 1.º de noviembre de 1816 zarpaba el *Rurick* rumbo al oeste. Su segunda navegación por el Pacífico duró algo más de un año y terminó en Manila, después de haber hecho una breve escala en las Marianas.

La estancia en Filipinas

El *Rurick* avistó el cabo Bolinao el 12 de diciembre de 1817, y navegó ya cerca de la costa, hasta entrar en la bahía de Manila dando bordadas, porque allí el viento sopla siempre de tierra en esta época.

Necesitaba con urgencia llegar a puerto, ya que tenía una vía de agua, y ésta alcanzaba cada vez mayor altura en su bodega.

El día 15 estaban cerca de la isla del Corregidor, y pudieron ver las señales telegráficas que se daban para anunciar la entrada de un barco. Este día subió a bordo un oficial español para preguntarles la nacionalidad, y el objeto de su escala en Manila.

La entrada fue lentísima porque hubo varios días de calma y no podían rebasar Corregidor, teniendo que echar el ancla a ocho millas de la ciudad, para evitar que la corriente los arrastrara fuera de la bahía.

El 17 aún seguía la calma: en este día llegaron al *Rurick* dos oficiales españoles, a darles la bienvenida en nombre del gobernador del archipiélago que era entonces don Mariano Fernández de Folgueras.¹⁶ Kotzebue aprovechó esta

¹⁵ Vid. Diario.vol. I. págs. 275-290.

¹⁶ Este, en carta al Secretario de Estado del Despacho Universal de Hacienda, Manila, 25 julio 1818, núm. 47, le da cuenta de la llegada del *Rurick* y de toda la ayuda que se prestó a los rusos, acompañando un testimonio de todo lo actuado y de las cuentas de los gastos realizados. A.G.I., Filipinas, 510. En el testimonio se incluye un oficio de Kotzebue al gobernador "a bordo del *Rurick*, delante de Manila a 17 de dic. 1817,

ocasión para desembarcar, con objeto de cumplimentar a la primera autoridad filipina, y pedirle autorización para llevar su barco al arsenal de Cavite, para repararlo. El y Chamisso, que le sirvió de intérprete, llegaron a las cuatro de la tarde a la ciudad y esta primera impresión de Manila queda reflejada en el *Diario* del modo siguiente:

«Manila está situada en una llanura y desde el lado del mar no ofrece una perspectiva muy atrayente, pues no se ve más que una muralla guarnecida de cañones, sobre la que asoman los techos de las casas y algunas torres de iglesias. Para poder desembarcar hay que adentrarse remando en el río, que tiene también calado suficiente para barcos grandes, y en cuya desembocadura hay un bajo, que sólo cubren catorce pies de agua en la luna nueva y en el plenilunio».

«Cuando hubimos penetrado en el río vimos en su margen derecha la ciudad, rodeada de una muralla bien construida; a la izquierda vimos un gran pueblo habitado por malayos, y que lo mismo que en Guam sólo se componía de jaulas de pájaros.¹⁷ Después de desembarcar en un valle placentero, atravesamos varias calles sucias de la ciudad, donde el aire resulta agobiante, entre altas casas de piedra, hasta llegar a la casa del gobernador don Fernando Mariana de Fulgueras (sic), quien nos recibió con mucha cortesía...».

Folgueras había recibido también la real orden circular dirigida a todas las autoridades españolas de Ultramar,

en que expone que no entraba en el proyecto de su viaje tocar Manila pero las circunstancias le obligan a ello y a pedirle ayuda; "La Corte de Rusia reembolsará al instante y con reconocimiento, a la Corte de España todos los gastos que yo haya ocasionado y los adelantos que me hayan hecho". En su respuesta, (18 de dic.) el gobernador le da la bienvenida en términos y cortesés, y alude a "las notorias circunstancias de Vuesa merced y las muy públicas de su familia entre los políticos y literatos". Siguen los oficios en que ordena al gobernador de Cavite y al comandante del arsenal facilitar a Kotzebue cuanto necesite.

17 Alusión a la casa filipina "de caña y nipa".

con fecha 27 de junio de 1815, en que se le prevenía sobre la posible arribada del *Rurick*.¹⁸ Por ello, se apresuró a dar órdenes al gobernador de Cavite y al comandante de su arsenal para que facilitaran a los marinos rusos todo lo necesario para la reparación del barco.

El tiempo urgía, pues el plazo máximo para reemprender el viaje eran dos meses, ya que una vez que cambiara la monzón se verían obligados a quedarse en Manila todo un año.

El 18 de diciembre después de mediodía el *Rurick* llegaba, al fin, a Cavite. Al día siguiente fue remolcado al arsenal, e inmediatamente desalojado y desarbolado, trasladando su carga y marinería a un galeón vacío. Sin duda sería alguno de los utilizados en la carrera de Acapulco, ya arrumbado, por haber desaparecido en 1815 esta vieja línea de navegación.

El bergantín ruso estaba maltrecho después de tan larga travesía: sus mástiles, botes, bombas y tonelería quedaron inservibles, y también las velas y aparejos necesitaban renovación total. Por ser el barco tan pequeño, no podía llevar a bordo los repuestos necesarios, y por ello, como se ha visto, debía recurrir cada cierto tiempo a la ayuda ajena, lo que encarecía sus reparaciones.

Al carenar el barco se vio que la madera del casco se hallaba en parte comida de broma, y todo el forro de cobre había que ponerlo nuevo. Del reconocimiento efectuado por el comandante del arsenal don José Manuel Tobías¹⁹ resultó que serían necesarias 450 planchas de cobre y 600 libras de clavos de bronce de pulgada y media, cálculos que resultaron cortos, pues según las cuentas presentadas al final de los trabajos, fueron necesarias 700 planchas de

18 A ella hace referencia en su carta núm. 47 citada en la nota 16.

19 En oficio al gobernador de 20 de diciembre, dice que lo reconoció el día anterior, aun antes de que el barco estuviese descargado, para ganar tiempo. Testimonio citado en la nota 16.

cobre y mayor cantidad de clavos de la que se había previsto.²⁰

Kotzebue hace constar con satisfacción en el *Diario*, que el Sr. Tobías hablaba muy bien francés, por lo que podía entenderse con él directamente, sin necesidad de recurrir a la ayuda de Chamisso.

Para alojamiento de la oficialidad y personal científico de la expedición, les fue facilitada una casa en Cavite, y desde el 20 de diciembre se les empezó a dar diariamente una ración de víveres frescos consistente en 50 libras de carne, 70 de pan, y legumbres y frutas, en cantidad suficiente.²¹

Los trabajos comenzaron a buen ritmo, pues se destinaron a ellos cien hombres diarios, y confiando en que el barco estaría listo en el momento oportuno, Kotzebue dedicó su tiempo a comprobar los cronómetros y a poner en limpio las cartas de navegación y mapas que había trazado, al par que redactaba su *Diario*. En éste encontramos un cuadro colorista del mercado de Cavite que se celebraba a diario al caer la tarde:

«Centenares de mujeres, sentadas en largas filas sobre el suelo, venden toda clase de verduras, frutas, etc., y los obreros de la fortaleza e incluso los militares, vienen aquí para cenar. La muchedumbre es grande y como los indígenas son tan dados a la música, que nunca sueltan la guitarra, tocan, bailan y cantan al aire libre».

Especial impresión causó a los viajeros el modo de celebrar la Nochebuena:

«...pasaron por las calles sacerdotes con imágenes de santos; los malayos seguían en procesión y los niños

20 Dichas cuentas van unidas también al documento citado en la nota 16.

21 De acuerdo con la petición de Kotzebue en Cavite, a 20 de dic.

corrían detrás con faroles que representaban figuras de diversos animales. A intervalos se oía una música agradable, pero ésta quedó pronto ahogada por el ruido de los fuegos artificiales y cohetes. En esta noche no duerme nadie en Cavite; a las doce tocan todas las campanas, y la gente acude a la iglesia a rezar».

Como puede verse se trata de una Nochebuena mestiza: a las procesiones, campanas y misa de gallo, se unen músicas nativas y faroles en forma de animales, aportación china a la fiesta.

El día de Navidad pasaron en bote a Manila, y fueron invitados a casa del ayudante del gobernador, que les dejó dos coches para que recorrieran los alrededores de la ciudad.

Al día siguiente, don Mariano Fernández de Folgueras fue personalmente a convidarlos a comer, y por la mañana visitaron el Parián de los sangleyes, al que Kotzebue describe como «el bello arrabal habitado en su mayor parte por chinos ricos que tienen allí sus tiendas».

En otra ocasión, el gobernador los invitó a su casa para tomar chocolate, y durante la velada, las dos hijas de la primera autoridad del archipiélago, deleitaron a los huéspedes con su música y canto, escena que igual podría haberse desarrollado en cualquier ciudad de la Península.

Folgueras les ofreció su propio coche para ir por tierra a Cavite, y a las siete de la mañana del día siguiente —27 de diciembre— corrían ya por «la agradable carretera que va a través de avenidas de bambúes y campos cultivados». El *Diario* refleja el asombro del viajero al ver por primera vez cañas tan altas, y señala sus múltiples aprovechamientos.

El 28 Kotzebue presenció la salida de la armadilla que se despachaba contra los «moros» dos veces al año, habiéndose logrado así tener a raya en la bahía de Manila a los mahometanos del sur que ya no se atrevían a penetrar en ella, como antes. Alude aquí el *Diario* a un problema cró-

Cuenta del dinero víveres frescos y de campaña que se han dado al Bergantín Rurik de S. M. el Emperador de Rusia. 10 suvets.

<u>Dinero</u>		
Librado en efectivo al Sr. Comandante		1000
<u>Viveres frescos</u>		
Subsistencias en efectivo desde 20. a 31. de Diciembre último		184 1. 2
Idem desde 1. a 25. del corriente		877 1. 2
<u>De Campaña</u>		
9239 libras de galletas	508 1. 1	
2800 libras de arroz	1. 6 id.	29
1800 libras de manihot	2. 6 id.	29 1/2
1800 libras de manihot	1. 6 id.	66 1/2
22 libras de azúcar	5 libras	16 1/2
125 quintales de vino	1 quintal	18 1/2
200 quintales de vino	1 quintal	34 1/2
201 quintales de vino	1 quintal	224 1/2
<u>Embajes</u>		
300 bayones	21 pt. obrante	7 1/2
3 Chinos embarcados y embarcadas		5
Traslados y Regenerantes		10 1/2
Condución hasta Costa		32 1/2
		19 1/2
		<u>Pesos 2672</u>
Real Contaduría de Hacienda de Manila 27, de Enero de 1848		
<div style="display: flex; justify-content: space-around;"> <div><i>Cargado</i></div> <div><i>Intervenido</i></div> </div>		

Lámina 3. — Dinero y víveres suministrados al «Rurik» A. G. I. Filipinas, 510

$$\begin{array}{r} 52 \text{ h} \\ \hline 940 \text{ 3 h} \end{array}$$

	<u>P</u>	<u>R</u>	<u>20</u>	<u>2</u>	<u>R</u>	<u>20</u>
<u>Alcalinos</u>	57	6	28			
<u>Form en claus y herma</u>	197	4	14			
<u>Alcalinos</u>	266	1	3	4187	3	16x
<u>Alcalinos y otros generos</u>	437	2	9a			
<u>Alcalinos</u>	276	4	13			
<u>Alcalinos</u>	41	2	91			
<u>Form en claus y herma</u>	6	2	6	134	1	3
<u>Alcalinos y otros generos</u>	27	7	79			
<u>Alcalinos</u>	78	4	17			
<u>Alcalinos</u>	14	6	12			
<u>Form en claus y herma</u>	9	2	24			
<u>Alcalinos y otros generos</u>	51	-	14	192	-	13
<u>Alcalinos</u>	122	6	31			
<u>Alcalinos</u>	946	3	4	946	3	4
<u>Totales</u>				2406	-	5

Segun papeles del Reuinan que aneasendi importen la Escuderia y habilitacion del
Regimen Rurick cinco mil quatrocientos ochenta y dos pesos y cinco y cinco mara
vedos de plata fuerte. Arrendal de Carria veinte y quatro de Enero de mil
ochocientos diez y ocho.

V. B.

Jose Man. Tobias

San Francisco y Arriaga

*Bleiben Sie gesund und glücklich
Alles Gute mit der besten
Liebe von mir!
Ihre treue Schwester
Katharina*

Lámina 4. — Resumen de los gastos hechos en la reparación del «Rurick», con autógrafo de Kotzebue, que dice: «Los trabajos mas arriba consignados fueron realizados en el Arsenal de Cavite. De lo que doy fe y firmo. — Teniente de la Armada Imperial — Kotzebue.» A. G. I., Filipinas, 510.

nico en las Islas, que tiene plena actualidad en nuestros días, pues hoy esta minoría musulmana pretende separarse de la República filipina.

Entre las costumbres del país que llamaron la atención de los viajeros rusos, figura la extensión del uso del tabaco a niños y mujeres: de los primeros, dice el *Diario* que antes de andar fumaban ya sus puros. En cuanto a las mujeres, mandaban hacerlos especiales, de un pie de largo y de grueso proporcionado. «Podemos hacernos una idea, dice, de lo que es una boca con labios capaces de abarcar semejantes rollos de tabaco». Más adelante añade: «resulta un espectáculo de lo más extraño cuando estas damas elegantes dan su paseo vespertino con tales brasas encendidas en la boca». En otro lugar del *Diario* destaca la importancia del tabaco en la economía filipina, y su carácter de monopolio estatal.²

Una diversión de los nativos que también impresionó a Kotzebue son las riñas de gallos; habla de la existencia de galleras en cada pueblo, donde se celebraban peleas los domingos y festivos, costumbre también conservada hasta hoy. La descripción del local y de las riñas es uno de los pasajes más interesantes del *Diario* en el que abundan los detalles anecdóticos como la visita al arzobispo de Manila, don Juan Antonio de Zulaibar, que «proporcionó un gran placer al anciano, pues nunca había visto un ruso».

La obra de Chamisso

El capítulo dedicado a Filipinas por Chamisso en sus *Remarks* resulta desordenado y superficial. Es cierto que la escala del *Rurick* duró cincuenta días, y que en este tiempo sólo hicieron una breve excursión de una semana

²² Indica que se vendía a 4 ó 5 reales la libra y, que el producto de la renta, sólo en la isla de Luzón, era de 300.000 piastras.

por el interior, para visitar el volcán de Taal, sin que sepamos la fecha exacta de este viaje, pues no lo dice el naturalista, y Kotzebue no alude a ello en su *Diario*.

Empieza por describir el volcán y la laguna en que éste se asienta, y se refiere también a las selvas, en las que no penetraron, por lo que no pudo estudiarlas de modo adecuado, pero sin embargo indica algunas de las especies arbóreas que más abundan, sin que falte la alusión a «la elegante caña de bambú, cuyos finos brotes que crecen formando apretados haces, resbalan suavemente unos sobre otros, sonando al viento...». Después de hablar de la flora de las sabanas, que considera bastante pobre, dedica un buen párrafo al *balate*, animal marino, «menos conocido del mundo científico que del mercantil», y pondera la riqueza de insectos, entre los que hay mariposas, escarabajos y sabandijas de particular belleza.

Señala Chamisso el escaso interés de los españoles hacia la historia natural, e indica que la colección reunida por el Intendente y Director de la Sociedad Económica de Manila don Ciriaco González Carbajal, había sido enviada a España. El jardín botánico que formó en Cavite don Juan de Cuéllar,²³ que asimismo había hecho muchos envíos de semillas filipinas a los jardines de Madrid y Méjico, había desaparecido.

23 Sobre don Juan de Cuéllar, vid. Barras y de Aragón, Francisco de las: *El botánico don Juan de Cuéllar y sus trabajos en Filipinas, a fines del siglo XVIII*. Asociación Española para el Progreso de las Ciencias. Congreso de Sevilla, tomo II. Sección 4.^a: Ciencias Naturales, Sevilla, 1917. págs. 95-122: *El botánico don Juan de Cuéllar y sus trabajos sobre la canela en Filipinas*. Bol. de la Soc. Española de H.^a Natural, tomo XLVI, 1948. págs. 595-601: *Don Juan de Cuéllar y don Francisco Xavier Salgado y su tiempo en el siglo XVIII*. Rev. "Las Ciencias", Madrid, año XVII, núm. 1. págs. 129-174: *Los naturalistas españoles en Filipinas hasta fines del siglo XVIII*. Rev. "Las Ciencias", Madrid, año XIII. núm. 4. págs. 879-895: *Noticias de dos documentos de don Juan de Cuéllar*. Bol. de la Real Soc. Esp. de H.^a Natural, tomo XXV, 1925. págs. 256-262: *Un trabajo de D. Juan de Cuéllar, botánico enviado a Filipinas en el siglo XVIII*. Rev. "Las Ciencias", Madrid, año 9. núm. 12: *Trabajos del botánico don Juan de Cuéllar, enviado a Filipinas en el siglo XVIII*. "Anales de la Universidad Hispalense", Tomo II, fascículo 2. 1933. 10 págs.

Se ocupa también de la población del archipiélago y de los distintos elementos que la formaban: españoles, chinos y nativos, señalando las características de cada uno, sin añadir nada nuevo, y da las cifras del censo de 1815: 2.500.000 habitantes, sin contar los indígenas no sometidos todavía.

Hay una buena descripción de la casa filipina, y otra de la ciudad de Manila, muy ajustada a la realidad. Destaca el lujo y ostentación de los españoles, la abundancia de carruajes, y lo copioso de las comidas.

Dedica también unos párrafos a los recursos del país y su mal aprovechamiento, mezclando luego asuntos tan diferentes como los tributos que pagan los «indios», animales útiles del archipiélago, riñas de gallos, obtención del vino de palma, utilidad del abacá y de la palmera llamada de «cabello negro», y un párrafo dedicado al *bolo*, cuchillo curvo usado por los tagalos para múltiples usos; concluye que la pródiga naturaleza del país podría hacer felices a sus habitantes, cuyas aspiraciones son muy modestas, pero que aun así no siempre pueden verlas satisfechas.

En conjunto, la descripción no parece obra de un hombre de ciencia. No obstante hay que tener en cuenta, como ya se ha dicho, que la breve escala del *Rurick* en Manila no le permitió realizar estudios profundos. Por tanto, lo que aquí ofrece son sus primeras impresiones de viajero, cosa que tiene también un valor indudable, aunque distinto al de un trabajo reposado y concienzudo.

Fin de la estancia en Filipinas

El día 14 de enero de 1818, el *Rurick* estaba ya aparejado para zarpar. Sin embargo su salida se demoró aún por cerca de medio mes.

Las provisiones suministradas al barco para su viaje de regreso a Europa fueron éstas:

9.239 libras de galletas.
 2.800 » de arroz.
 1.800 de menestras.
 1.400 de azúcar.
 27 libras de té.
 145 gantas²⁴ de vinagre.
 204 galones de ron.
 250 quintales de leña.

Su importe total, incluidos envases y portes hasta Cavite, fue de 1.015 pesos y 1 maravedí, a los que hay que sumar 659 pesos y 5 maravedís, importe de los víveres frescos suministrados a la tripulación desde el 20 de diciembre de 1817 al 25 de enero de 1818, y 1.000 pesos en efectivo que se libraron al comandante de la expedición rusa. En total, 2.674 pesos y 6 maravedís, como se detalla en la cuenta²⁵ que reproducimos en facsímil. La reparación del barco, incluidos materiales y mano de obra, ascendió a 5.486 pesos y 2 maravedís, lo que hace un total de 8.160 pesos fuertes y 8 maravedís.

En estos documentos figuran dos autógrafos de Kotzebue que también reproducimos.²⁶

El gobernador Fernández de Folgueras, al comunicar la arribada forzosa del *Rurick* a Manila, acompaña las cuentas antes citadas para que «por la tesorería de S. M. el Emperador de todas las Rusias, se paguen a nuestro Soberano los ocho mil ciento sesenta pesos fuertes y ocho granos».²⁷

²⁴ Una ganta equivale a 11, 25 Kgs.

²⁵ A.G.I. Filipinas, 510.

²⁶ Debo su traducción a don Antonio Pretel, profesor de la Facultad de Farmacia de la Universidad de Granada a quien doy las más expresivas gracias por su ayuda.

²⁷ Fernández de Folgueras, carta cit. en nota 16.

Kotzebue volvió a visitar Manila en su segundo viaje de circunnavegación, realizado entre 1823 y 1826. Pasó en la capital filipina parte del mes de noviembre y todo diciembre de 1825, y su obra *New voyage round the World*²⁸ nos suministra también interesantes aspectos de la realidad del país en aquel momento.

L. DÍAZ-TRECHUELO

Universidad de Córdoba (España)

28 London, Henry Colburn and Richard Bentley, 1830. 2 vols. Edición facsímil por N. Israel y Da Capo Press, Amsterdam-New York, 1967. *Bibliotheca Australiana*. vols. 20 y 21.

APENDICE

JOURNAL OF THE VOYAGE

by

Otto von Kötzebue

Fragmento del capítulo XIV, *From Guahon to St. Helena.*

Días 12 de dic. 1817 a 29 enero 1818.*

El 12 por la tarde avistamos el cabo Bolinao, y lo doblamos durante la noche, Nos manteníamos siempre a la vista de tierra. El 14 a mediodía doblamos el cabo Capones, viéndonos obligados a alcanzar la bahía de Manila dando bordadas, ya que en esta época del año el viento sopla siempre de tierra. El agua de la bodega creció mucho.

El 15 a mediodía nos hallábamos próximos a la isla del Corregidor, y allí vimos un telégrafo en gran actividad, que anunciaba nuestra llegada a Manila. A la puesta del sol, habíamos alcanzado la entrada sur de la bahía e íbamos dando bordadas entre la isla del Caballo y el continente, cuando nos detuvo un gran bote de veinte remos, llamado aquí *pango*. Subió a bordo un oficial español y, con gran cortesía, preguntó de que nación éramos y con que intenciones veníamos a Manila, de lo que debía informar al Gobernador. Hay varios barcos semejantes para la vigilancia, cerca de la isla del Corregidor, pero en realidad están allí para impedir que penetren en la bahía los "moros" que vienen con frecuencia de las islas meridionales de Filipinas, saquean, asesinan e incluso hacen prisioneros, a los que luego venden como esclavos. El oficial nos envió un práctico para guiar el barco hasta Manila: pero era poco diestro en su oficio. La carta que yo tenía de la bahía de Manila era muy defectuosa. Por consiguiente, me ví obligado a seguir los informes que había recogido de diferentes viajes, con respecto a esta bahía.

El bajo de San Nicolás es el sitio más peligroso, pero teniendo cuidado, puede evitarse fácilmente. Estuvimos dando bordadas toda la noche, sin avanzar mucho, porque el viento estaba en calma. Al dar bordadas hay que procurar no perder de vista la entrada septentrional de la bahía, cuando se avanza al norte, pues entonces se está en la corriente, que en esta época del año siempre fluye hacia fuera con mucha violencia. Por

* Ed. cit., vol. 2, págs. 256-269.

esta razón, los barcos sólo pueden penetrar por la entrada sur durante el monzón del NE, y al salir utilizan la del norte.

Día 16: El débil viento continuó deteniéndonos en la isla del Corregidor, en la que observamos un cráter; probablemente hubo antes un volcán cerca de este lugar, que al caer formó varias islitas y una cubeta. Como el viento comenzó a soplar un poco, concebimos la esperanza de llegar pronto a Manila; pero la calma que sobrevino inmediatamente, nos obligó a echar el ancla a ocho millas de la ciudad, para no ser arrastrados hacia atrás por la corriente.

Día 17: Continuó la calma. A la una de la tarde llegó hasta nosotros un barco de dieciseis remos. Dos oficiales enviados del gobernador, que ya estaba informado de nuestra llegada, nos dieron la bienvenida en su nombre, asegurándonos de cuánto se alegraba al ver ondear en su puerto el pabellón ruso, al que nunca se había visto allí antes. Los caballeros nos dijeron muchas cosas, halagüeñas para nuestra nación, a la que llamaron entre otras cosas, libertadora de Europa. Yo aproveché la oportunidad para ir a la ciudad en el "pango" en compañía de los dos oficiales españoles, con la intención de presentar mis respetos al gobernador, y pedirle permiso para navegar hasta Cavite con el fin de hacer reparar allí el *Rurick*. El Sr. von Chamisso, que domina el español, me acompañó y a las cuatro llegábamos a la rada, que es muy segura en esta época, y en la que vimos fondeados ocho mercantes, con pabellón inglés o americano.

Manila está situada en una llanura y desde el lado del mar no ofrece una perspectiva muy atrayente, pues no se ve más que una muralla guarnecida de cañones, sobre la que asoman los techos de las casas y algunas torres de iglesias. Para poder desembarcar hay que adentrarse remando en el río, que tiene también profundidad suficiente para barcos grandes, y en cuya desembocadura hay un bajo al que sólo cubren catorce pies de agua en la luna nueva y en el plenilunio. El río se divide en varios brazos, y dos de ellos, cuyas márgenes están sembradas de pueblos, llevan al célebre lago de Bay, que se halla veinte millas mas adentro. El bajo ofrecía un aspecto muy animado: varios barcos pesqueros tripulados por chinos y malayos, ejercían allí su oficio. Algunos de los barcos nos llamaron la atención especialmente porque arrojaban al agua una gran red, por medio de una sencilla máquina que manejaban dos hombres; al cabo de un minuto la sacaban llena de pececillos. Cuando hubimos penetrado en el río, vimos en su margen derecha la ciudad rodeada de una bien edificada muralla; a la izquierda se veía un gran pueblo habitado por malayos, y que lo mismo que en Guahon, sólo se componía de jaulas de pájaros. Después de desembarcar en un valle placentero, atravesamos varias calles sucias de la ciudad, en donde el aire resulta agobiante, entre altas casas de piedra, hasta llegar a la del gobernador don Fernando Ma-

riana de Fulgueras (sic) quien nos recibió con mucha cortesía. Nos dió permiso para ir a Cavite, y nos dijo que el capitán de este puerto recibiría aquel mismo día órdenes de prestarnos toda la ayuda posible en la reparación del *Rurick*. Me despedí para marchar allí cuanto antes, pues el monzón del NE sólo nos permitía como máximo un retraso de dos meses, que podrían transcurrir fácilmente antes de que el barco estuviera dispuesto para zarpar. El gobernador, que me pareció hombre inteligente y agradable, me rogó que le visitase con frecuencia; se ofreció para ayudar al Sr. Chamisso si pensaba hacer una excursión al interior del país, y en un elegante carruaje de cuatro caballos fuimos llevados al "pango", en el que llegamos al *Rurick* a las siete de la tarde. Acababa de levantarse un ligero viento. Di orden de levar el ancla y fuimos dando bordadas toda la noche para llegar a Cavite, que se halla a veintiuna millas al sur de Manila.

Día 18: El viento era tan escaso que no habíamos avanzado mucho, y era ya mas de mediodía cuando llegamos a Cavite, donde se encontraban fondeados dos mercantes. El Sr. von Chamisso bajó a tierra enseguida para anunciar nuestra llegada al capitán del puerto, quien el día 19 temprano, nos envió dos barcazas con anclas y cables, que remolcaron al *Rurick* hasta el arsenal donde habian de repararlo. Visité entonces al capitán, Sr. Tobías * quien inmediatamente dió orden de desaparecer y descargar el barco; todas las cosas fueron trasladadas a un galeón vacío, que estaba junto, y en donde nuestros marineros quedaron también convenientemente alojados, y a nosotros se nos preparó una casa en Cavite, según órdenes del gobernador. El Sr. Tobías, con quien conversaba fácilmente, pues habla el francés con soltura, me acompañó al *Rurick*, en unión de un carpintero de ribera, y se hicieron todos los preparativos para la reparación de la nave.

El 20 tomamos posesión de nuestra casa, que estaba situada en la orilla del río, y nos agradó mucho. Todas las casas están provistas, lo mismo que la del gobernador de Guahon, de un balcón al norte, que puede cerrarse con ventanas correderas, de tableros de concha.¹

Gracias al celo del Sr. Tobías, que puso cien hombres a la obra, ésta avanzó muy rápidamente, aunque había mucho que hacer, pues las velas, aparejo, botes, mástiles, bombas y hasta los toneles del agua, habían quedado totalmente inservibles en la larga travesía. Un barco pequeño, como nuestro *Rurick*, tiene el inconveniente de no poder llevar consigo todas las cosas necesarias y por ello se ve obligado con frecuencia a pagar un precio elevado por la ayuda ajena. Al carenar el barco, se descubrió

* Hijo del gobernador de Marianas, mencionado por La Peyrouse.

¹ Llamada *Capiz* en Filipinas.

que la mayor parte del forro de cobre estaba inservible, y el fondo roído por la broma. Por consiguiente, escribí al gobernador de Manila y éste ordenó al Sr. Tobías hiciera recubrir nuevamente el barco de cobre. A la gran actividad del Sr. Tobías debemos el que, no obstante la extensión de los reparos a realizar, nuestro barco quedara terminado a tiempo. Entretanto, yo me dediqué a comprobar mis cronómetros, y a sacar en limpio las cartas que habíamos trazado.

Cavite, habitada unicamente por militares y por malayos, a los que se emplea para trabajar, es una fortaleza, lo que no constituye un agradable lugar de residencia. Hay que dar un largo paseo para llegar a un pueblo, con casas de dos pisos, construídas en parte a la manera china y en parte a la malaya. Yo iba allí todos los días cuando refrescaba, para distraerme en el mercado, lleno de colorido, que se celebra siempre después de la puesta del sol. Centenares de mujeres, sentadas en largas filas sobre el suelo, venden toda clase de verduras, frutas, etc. y los obreros de la fortaleza e incluso los militares, vienen aquí para cenar. La muchedumbre es grande, y como los indígenas son tan dados a la música que casi nunca sueltan la guitarra, tocan, bailan y cantan al aire libre. A tres millas de aquí se encuentra el romántico pueblo de Terra Alta (sic) al que con frecuencia me llevaba el Sr. Tobías en su coche. La carretera va por entre avenidas de mangos, parecidos a nuestra lima, que dan frutos excelentes; las moradas de los malayos, lindas y primorosas, con sus plantaciones, ofrecen un espectáculo agradable a los ojos del viajero. En Terra Alta el paisaje es muy hermoso y la vegetación exuberante. Muchos españoles ricos tienen aquí casas de campo, pues consideran el aire particularmente saludable.

Día 24: La Nochebuena puso en movimiento a todo Cavite; pasaron por las calles sacerdotes con imágenes de santos, los malayos seguían en procesión y los niños corrían detrás con faroles que representaban figuras de animales diversos. A intervalos se oía una música agradable, pero esta quedó pronto ahogada por el ruido de los fuegos artificiales y cohetes. En esta noche no duerme nadie en Cavite; a las doce tocan todas las campanas y la gente acude a la iglesia a rezar.

Día 25: Hoy hicimos una excursión, en un bote del Sr. Tobías, a Manila, donde fuimos huéspedes del ayudante de campo del gobernador, ya que no hay en Manila una sola fonda. El gobernador nos envió inmediatamente dos carruajes para visitar los conocidos y pintorescos alrededores de Manila, en donde vimos gran número de damas y caballeros ricamente ataviados, dando su paseo favorito, tanto en coche como a pie.

Día 26: Me disponía a presentar mis respetos al gobernador, cuando éste vino en persona a invitarnos a comer. Por la mañana visitamos el bello

arrabal, que está habitado en su mayor parte por chinos ricos, que tienen allí sus tiendas y saben muy bien como engañar a los cristianos.

Después de la comida, a la que estuvieron invitadas todas las personas notables de la ciudad, nos marchamos a casa. La clase alta no empieza a salir hasta la caída de la tarde; hasta esa hora se dedican a dormir, comer y fumar tabaco, que en ningún sitio está más generalizado que en la isla de Luconia, pues niños que todavía no andan, fuman ya sus puros. Las mujeres llevan su afición a un extremo aún mayor que los hombres; no se contentan con los puros corrientes, sino que los mandan hacer especiales, de un pie de largo, y grosor proporcionado a su longitud. Podemos hacernos idea de lo que es una boca con labios capaces de abarcar semejantes rollos de tabaco. Estos grandes puros se llaman aquí *puros de mujeres*, y resulta un espectáculo de lo más ridículo, cuando estas damas elegantes dan su paseo vespertino con tales brasas encendidas en la boca. El mascar betel es uno de los lujos del bello sexo, y resulta particularmente nocivo, pues va envuelto en una hoja salpicada de cal viva, y así lo mascan. El Gobierno, único que tiene derecho a cultivar tabaco, lo vende a 4-5 reales la libra y sólo de la isla Luconia percibe el rey una renta por este concepto de 300.000 piastras.

Por la tarde tomamos chocolate en casa del gobernador, y tuve un placer del que llevaba privado muchos años, pues sus dos amables hijas nos deleitaron con su música y su canto. El gobernador me convenció para que regresara al día siguiente a Cavite por tierra, pasando por Terra Alta, para lo que me ofreció su carruaje. Acepté gozoso esta propuesta, y a las siete de la mañana ya estábamos en la agradable carretera que va a través de avenidas de bambúes y campos cultivados. Por primera vez ví cañas de bambú tan altas; pero la gente de este país sabe hacer muy buen uso de ellos, pues construyen puentes, casas y utensilios de todas clases. A la mitad del camino de Terra Alta, se halla un convento, en el que nos detuvimos, porque Chamisso quería hablar con un monje que había escrito una historia de Filipinas. Nos quedamos a comer allí y continuamos nuestro camino, después de habernos ofrecido su casa de campo un francés llamado Chaparé, que está al servicio de España, por si deseábamos venir por aquí con mas frecuencia. Seguimos nuestro viaje y llegamos sanos y salvos a nuestro fuerte por la tarde.

Día 28: Inmediatamente después de mi llegada me ocupé de hacer vacunar a mis aleutianos;² el médico del distrito recibió orden de subir

² Al pasar por las Aleutianas, Kotzebue había embarcado en el *Rurick* cinco nativos de dichas islas.

a bordo con dos niños que tenían pústulas, y el Dr. Eschscholtz inoculó a los aleutianos. En la isla de Luconia, los cirujanos tienen órdenes estrictas de inocular todas las semanas a los niños pequeños.³

Hoy el Sr. Tobías envió desde el arsenal una pequeña flota de galeras contra los moros, cosa que se hace dos veces al año. La flota se componía de nueve cañoneras; cinco llevaban un mortero de veinticuatro, cada una, y las cuatro mas pequeñas los llevaban de diez; todas iban bien tripuladas y ampliamente provistas de armas pequeñas. La flota navegaba hasta el estrecho de San Bernardino, donde se separa; la mitad se estaciona en el estrecho y la otra mitad va a la parte norte de la isla de Magindanao. Desde que los españoles han tomado el partido de castigar a los moros en su propia tierra, no se aventuran con tanta frecuencia a penetrar en la bahía de Manila.

Con el monzón del NE tuvimos aquí una temperatura de 23° y por la noche 18°; y mientras nosotros apenas si podíamos soportar este calor, los habitantes se arrebujaban por la noche en ropas de cama de abrigo, y llamaban a éste el mes del invierno. A juzgar por esto, el calor durante el monzón del sur debe ser intolerable; muchas personas mueren de repente, cuando están acaloradas y les da el viento del norte, que a veces sopla en verano. Hay una enfermedad llamada de San Lázaro, que es la mas espantosa que he oído nombrar. Primero tienen una especie de lepra por todo el cuerpo, los miembros se caen a pedazos y el desgraciado, que tiene ante los ojos una muerte inevitable, conserva el sentido hasta el último instante, en medio de los más agudos tormentos. Esta enfermedad prevalece principalmente entre los indígenas pobres, y probablemente se debe a la mala alimentación y a la falta de limpieza.

En Manila hay un hospital, sostenido por el gobierno y los ricos de la ciudad⁴ que está lleno de personas aquejadas de esta enfermedad, y un monje que lleva veinte años al frente de él opinaba que no había remedio contra este castigo de Dios, como lo llamaba. Observé que los infelices tenían ropas sucias de lana en contacto con la piel, y se les daba de comer carne estropeada; pero, cuando pregunté si no mejorarían con ropa limpia y alimentación sana, me contestaron que ¡costaría demasiado!

Aunque perezosos para el trabajo, los indígenas poseen el mayor ingenio para engañar, sobre todo a los forasteros. Su única diversión a la que tienen una afición apasionada, son las riñas de gallos; y con este objeto crían a estos animales que siempre llevan con ellos. En todos los

3 Sobre la introducción de la vacuna antivariólica en Filipinas, puede verse la obra de Gonzalo Díaz de Iraola, *La vuelta al mundo de la expedición de la vacuna*. Sevilla, 1948.

4 Se refiere al llamado Hospital de San Lázaro, fundado y atendido por los franciscanos.

pueblos hay una casa construída por el gobierno, en la que se permite pelear a todos los gallos, pero sólo los domingos y días festivos. Los espectadores pagan un real por la entrada, pero los dueños de los gallos han de abonar cuatro reales, y el rey percibe los beneficios. El tablado, al que no se permite subir a nadie, está rodeado por dos filas de palcos. Cuando va a empezar la riña se deposita la suma apostada en ella. Luego cada propietario coloca en el tablado su gallo, provisto de cuchillas de dos pies de largo en ambas patas, y la riña se decide algunas veces en el primer asalto, pero casi siempre en el tercero o cuarto. El gallo vencido recibe de su amo un trato de lo más cruel, pues para castigarlo le arranca inmediatamente todas las plumas. Se pierden grandes sumas, pues los espectadores, a veces, hacen apuestas; y aun cuando alguno de ellos perdiera hasta la última prenda que lleva puesta, abandonará la gallera tan contento como entró.

12 de enero, 1818: Fuí a Manila para inspeccionar las provisiones que nos destinaban, y paré en casa del Dr. Amador, que me había sido recomendado por el gobernador de Marianas. Al día siguiente visité al arzobispo de Manila, don Juan Antonio de Zulaybar, y proporcioné un gran placer al anciano, pues nunca había visto a un ruso, y sin embargo, me dijo que estimaba mucho a la nación. En la comida, el gobernador me contó el siguiente caso, que dicen se da aquí con frecuencia: a veces los caballos que corren en libertad por el interior del país se ven expuestos al singular destino de que un pájaro anide en la parte superior de su cola; en cuanto sucede esto el caballo empieza a enflaquecer, y no se repone ni aún después de que el pájaro se marcha volando con su prole. El gobernador parecía perfectamente convencido de la verdad de este fenómeno, que si se lo hubiera oído contar a un hombre menos culto e inteligente, lo creería una fábula.

Hoy visité en el arrabal la fábrica de tabacos que antes fue convento de monjes en donde encontré 2.000 mujeres y 350 hombres muy atareados.

El 14 volví a Cavite; los reparos del barco estaban casi concluídos, y el *Rurick* ya aparejado.

Día 26: Subí mis cronómetros a bordo e hice los preparativos para zarpar al día siguiente hacia Manila, donde tenía que embarcar galleta y otras provisiones. El gobernador envió a nuestro pintor una muchacha descendiente de los montañeses del interior del país, para que la retratara. Como es sabido, estos montañeses eran antiguamente los únicos habitantes de Filipinas, y después de ser arrojados por los malayos, llevan una apacible vida nómada en las montañas. No les gusta tener trato con los cristianos y no desean bautizarse.

Día 28: Ayer a mediodía salimos de Cavite y unas horas después fondeábamos delante de Manila. El gobernador nos visitó hoy: le expre-

samos nuestra gratitud y cuando abandonaba el *Rurick* fue saludado con quince disparos de cañón. El capitán Guerim, del barco francés *Eglantine* quería venir con nosotros al estrecho de la Sonda, pues no llevaba cronómetro a bordo, sin el cual, el Mar de la China es peligroso. Por tanto lo puse al corriente de las señales necesarias, y el 29 abandonamos la hermosa y fértil isla de Luconia.

LAS ISLAS FILIPINAS *

Cavite, situada en la punta extrema de una lengua de tierra que se adentra en la bella y frecuentada bahía de Manila, interceptando una parte, es el lugar menos favorable para un viajero que durante su breve estancia en Luzón se propone emplear su tiempo en estudiar la naturaleza del país. La lengua de tierra y las orillas de la bahía, cuidadosamente cultivadas hasta Manila, pertenecen al hombre civilizado. Entre las casas y pueblos se ven tan sólo arrozales, jardines y campos donde crecen las plantas de ambas Indias.

Unicamente tuvimos ocasión de hacer una excursión de ocho días al interior, a Taal y al volcán del mismo nombre en la laguna de Bonborig. La escolta militar que nos acompañaba, muestra de la ostentación de los españoles, resultó muy molesta y aumentó los gastos de un viaje para el que hubiera bastado con un guía escogido entre los apacibles y hospitalarios tagalos. La isla de Luzón es por todas partes alta y montañosa; si bien, al parecer, las cumbres mas elevadas no sobrepasan de la región de bosques. Tres volcanes se alzan en ella: primero, al norte el Aringuay, en el territorio de los igorotes, provincia de Ilocos, que el cuatro de enero de 1641 entró en erupción al mismo tiempo que el volcán de Joló y el de Sanguil, en el sur de Mindanao, en cuya ocasión ofreció esta isla una de las escenas más terribles registradas en la historia: ¹ el ruido se oyó en el continente de Cochinchina. En segundo lugar, el volcán de Taal, que amenaza particularmente a la capital, de la que dista un día de viaje; y

* Chamisso Adalbert von: *Remarks and Opinions*, en Otto von Kotzebue: *A voyage Of Discovery into the South Sea and Bering's Straits*. Ed. N. Israel y Da Capo Press, Amsterdam- New York, 1967. vol. 3. págs. 52-75.

¹ Los periódicos de Manila mencionan terremotos destructivos en los años 1645 y 1648.

por último, el Mayón que se percibe a lo lejos, cerca del embocadero de San Bernardino, entre Albay y Camarines.

Minas de oro, hierro y cobre, muy ricas, pero abandonadas, muestran que hay otras montañas además de las volcánicas. Por el camino que seguimos no vimos mas que toba volcánica, compuesta de cenizas, piedra pómez y escoria. En Manila, Cavite, Taal, Balayan, etc. la única piedra de construcción que encontramos fue de esta misma toba, y de arrecifes calcáreos, sacados del mar. El granito que se emplea en Manila para edificar, se trae como lastre desde la costa de China.

A medida que nos alejamos de Cavite, avanzando hacia el sur en dirección a Taal, el terreno se eleva de una manera insensible y gradual hasta que alcanzamos las alturas del otro lado, que son abruptas y empinadas, y desde las que podemos contemplar a nuestros pies la laguna de Bonborig, y el gran cráter humeante que forma en ella una isla desolada y desnuda.

La laguna tiene unas seis millas alemanas de circunferencia; desagua en el Mar de la China por una salida que ahora solo es navegable para barcos pequeños, aunque antiguamente servía para navíos de mayor tamaño; corre con gran rapidez y la longitud de su curso es superior a una milla alemana. Después de la devastación de 1754, Taal fue trasladada a la desembocadura.

El agua de la laguna es salobre, pero potable. Afirman que en el centro no se puede encontrar fondo. Dicen que está llena de tiburones, y caimanes, pero nosotros no los vimos.

Cuando embarcábamos para ir de la laguna a la isla, los tagalos nos invitaron a que mirásemos a nuestro alrededor en este lugar encantado, pero guardando silencio para no irritar al espíritu con alguna palabra indiscreta o desconsiderada. El volcán, decían, daba muestras de desagrado siempre que lo visitaba un español, permaneciendo indiferente solo con los indígenas.

La isla no es más que una masa de cenizas y escorias, que han caído sobre ella misma formando el ancho cráter irregular que causa tanto terror. No parece que la lava haya corrido nunca fuera. Desde la orilla en la que crece escasa hierba en pocos lugares, y donde pastan algunas reses, se trepa por el lado oriental, en una subida áspera y empinada, y en cosa de un cuarto de hora, se alcanza el borde del cráter, desde el que se contempla el abismo que se extiende como un ancho cinco. Un charco de agua amarilla y sulfurosa, ocupa unos dos tercios del fondo; su nivel parece ser el mismo que el de la laguna. En el borde sur de este charco hay varias colinas de azufre que arden lentamente. Hacia el sur y el este se está empezando a formar un cráter más estrecho en el interior del grande. El arco que describe rodea como el helero de un glaciar, las colinas ardientes que lo pro-

ducen, y descansa en ambos extremos del charco. Este hierve, de cuando en cuando, al pie de las colinas ardientes.

Puede distinguirse claramente en la pared interior del cráter, la situación de las escorias de diferentes colores de que se compone. De algunos puntos sube humo.

Desde el sitio donde hicimos un dibujo del cráter observamos un lugar situado al lado opuesto, donde una bajada hacia el interior parecía ofrecer una rampa por la que acaso fuera posible descender hasta el fondo. Mucho tiempo y trabajo nos costó alcanzar este punto, pues el afilado y puntiagudo borde por el que íbamos, nos resultó en muchos sitios impracticable, viéndonos con frecuencia obligados a bajar por el exterior casi hasta la orilla. Como estábamos por debajo del soplo de fuego, sólo nos molestaban ligeramente las exhalaciones sulfúricas.

El lugar que acabamos de mencionar fue donde en las últimas erupciones vertió el agua que fue lanzada hacia arriba. Tratamos de descender a varias hendiduras, pero al fin nos vimos obligados a abandonar nuestro intento, después de haber alcanzado unos dos tercios de la profundidad. No nos habíamos provisto en Taal de las cuerdas necesarias, y con cuya ayuda probablemente hubiéramos podido bajar por la pared perpendicular de varias brazaas de altura, que se nos presentó primero, no pudiendo llegar al fondo ya que, cuanto más descendíamos, el precipicio se hacía más escarpado. En estos alrededores encontramos el terreno cubierto de sal cristalizada.²

El tiempo de que disponíamos era demasiado corto para permitirnos visitar las otras colinas. Los demás cráteres están al pie del cráter principal.

La erupción más terrible del volcán de Taal fue en el año 1754. Su devastador avance aparece minuciosamente relatado en el capítulo doce de la décimo tercera parte de la *Historia* de Fr. Juan de la Concepción. La montaña estaba en calma después de las erupciones anteriores (la última tuvo lugar en el año 1716) y se sacaba azufre del cráter aparentemente apagado. Empezó a humear de nuevo a principios de agosto; el 7 se vieron llamas y tembló la tierra. La consternación creció del 3 de noviembre al 12 de diciembre; subían por el aire cenizas, arena, barro, fuego y agua. Tinieblas, huracanes, truenos y relámpagos, así como prolongados y repetidos terremotos, se alternaban en espantosa sucesión. Taal, situada entonces en las márgenes de la laguna, y varios pueblos, quedaron totalmente destruidos. La boca del volcán era demasiado limitada para tales erupciones; se ensanchó considerablemente abriéndose una segunda que arrojó asimismo fuego y barro. Y aún hubo más; en varios lugares de la laguna rompió el fuego a bastante profundidad por debajo de la superficie del agua, que

2 Según el examen del Dr. Mitscherlich, *plumose alum.*

hirvió. La tierra se abrió en muchos sitios, en particular, una profunda y ancha sima que se extendía hasta muy lejos, en dirección a Calanbong. La montaña continuó humeando mucho tiempo. Posteriormente ha habido erupciones, aunque de violencia cada vez menor.

Las bellas selvas que cubren con verdor exuberante las montañas y parte del país se extienden hasta el mar, hacia el que se inclinan los mangles y otros árboles. Estas selvas solo las hemos visto por encima, siguiendo un sendero trillado y no hemos penetrado en ellas lo suficiente para poder dar una descripción adecuada. Nos pareció que predominaba la higuera. Hay varias especies de árboles vigorosos que se apoyan en una extraña red de troncos y plantas trepadoras que se enroscan alrededor de las rocas y que se extienden sobre ellas. Otras de delgados troncos, se elevan a una altura sorprendente, percibiéndose el fruto enigmático de las ramas inferiores de los árboles, cuya copa se pierde en medio del verde dosel de la selva. Algunas especies conservan las características del arbusto, y otras se enroscan. Echamos de menos las bellas acacias de aladas hojas. Las numerosas especies de plantas siliculosas adoptan aquí todas las formas imaginarias. Los helechos, en particular las especies arborescentes, las lianas y orquideas, plantas que en Brasil forman jardines aéreos sobre las copas de los árboles, parecen escasear aquí o no existir en absoluto, como los cactus o las bromeliáceas. La naturaleza presenta un carácter diferente y más apacible. Las especies de palmeras son más numerosas que en Santa Catalina. Varias de ellas son insignificantes; quizá la más notable sea el delgado "calamo espinoso". Entre las *aroideas* sobresale por su forma el *Pothos scandens* de hojas parecidas a la hierba y que se estrechan en el centro, el cual trepa por las ramas de los árboles.

En las tierras bajas y en las márgenes de los arroyos nace la elegante caña de bambú³ cuyos finos brotes que crecen formando apretados haces, resbalan suavemente unos sobre otros, sonando al viento, y un bosquecillo tupido ofrece la más rica variedad de plantas.

En las llanuras, las selvas alternan con las sabanas, cuya flora es sumamente escasa. Había dos clases de hierba que parecían haber sido sembradas y estar madurando para la recolección; sus tallos alcanzaban una altura de unos ocho pies y estaban quemados por el sol. Algunas escasas plantas enanas, en su mayoría siliculosas, se ocultan a su sombra y de vez en cuando se alza entre ellas una *baubinia* arborescente.

A estas sabanas les prenden fuego, ya sea para prepararlas para el cultivo, ya para proporcionar yerba más nueva a los rebaños. El fuego crepita sobre ellas, y una especie pequeña de halcón y otros pájaros vuelan con

3 El tallo de los retoños de bambú puede alcanzar su mayor altura en una sola estación lluviosa, y al año siguiente extiende sus ramas, pero no crece más. Algunos de los géneros descritos por Loureiro son nativos de aquí. No vimos ninguno en flor.

diligencia en torno a las nubes de humo que se desprenden del incendio, a la caza de los insectos que salen huyendo de él.

Las circunstancias hicieron que nuestras investigaciones quedaran limitadas casi exclusivamente a la botánica y la entomología. Pero hallamos ocasión de poder decir unas palabras sobre un insecto marino menos conocido del mundo erudito que del mercantil.

Con el nombre genérico de "*Biche de mer*", en malayo *Trepang* y en español *balate*, se traen al mercado de Cantón ciertas *holoturias* secas y ahumadas, de siete o más clases, cada una de las cuales tiene su valor y nombre particular. El mismo epicureísmo de los chinos, que da muy elevado valor a los nidos de pájaros, conocidos incluso en Europa, sostiene también el del *trepang*, por su gran demanda. Los malayos van a buscarlo hasta las costas de Nueva Holanda, en el golfo de Carpentaria. También llegan, así como los chinos, hasta la costa de Nueva Guinea; los ingleses lo hacen coger en las islas Pellew, por marineros que dejan allí para ese fin. Los españoles lo traen de las Marianas, y a medida que va desapareciendo de las costas en que se lo busca, emprenden para descubrirlo viajes a las Carolinas, de los que hablaremos en otro lugar. Parece que el *trepang* se coge también en el Océano Indico y sobre todo en la isla Mauricio, para el comercio. Estas holoturias se encuentran principalmente en los arrecifes de coral, donde, como en Radack, algunas especies se cogen en la playa cuando baja la marea, mientras que otras viven en aguas más profundas. Esta especie tuvimos ocasión de examinarla mas detenidamente y sacar dibujos. Es una de las más pequeñas y menos apreciadas; las otras se le parecen. Todas las verdaderas holoturias se pueden comer como *trepang*. Este precioso gusano se coge en muchos lugares de las Islas Filipinas.

El reino entomológico es rico en este archipiélago. Las mariposas, escarabajos y sabandijas son de una belleza particular. Hay un escorpión que parece de la misma especie que los que encontramos en las islas del Gran Océano, y que también cogimos en Radack, pero aquí los vimos mucho más grandes. Las termitas y mosquitos son el tormento de los habitantes. Una gran mantis que abunda mucho en Manila es probablemente la que dio origen a la historia de Pigafetta de las hojas vivas de un árbol de la islas de Cimbombón. Esta tradición y otras parecidas de las algas vivientes, gente con rabo, etc. que relata en su *Historia* Fr. Juan de la Concepción, sigue siendo conservada por los españoles; pues aquí nadie se interesa por la historia natural, y todos se limitan a solicitar lo que quieren o necesitan para su negocio. La colección de historia natural de don González de Caragual,^(a) intendente de las Filipinas en tiempos de La Peyrouse (1787) fue enviada posteriormente de Manila a la metrópoli.

a) se refiere a Ciriaco González Carbajal.

El erudito Cuéllar, que fue enviado de España con el encargo de fomentar varios objetivos económicos, como el cultivo del tabaco, canela, etc. y que tras larga residencia en estas islas murió en Manila hace varios años, había formado en Cavite un jardín botánico del que ya no queda rastro. Cuéllar remitió a Madrid muestras de productos naturales de todas clases; se afanó en comprar libros chinos; enriqueció los jardines de Madrid y Méjico con semillas de varias plantas de este país, y mantuvo una docta correspondencia tanto en el viejo como en el nuevo mundo. Hemos examinado sus papeles, adquiriendo el convencimiento de que todo lo relativo a la ciencia había sido arrancado al olvido y enviado a España. Parece que Cavanille ha descrito su colección de plantas, así como la de la expedición de Malaspina, que perdió aquí uno de sus naturalistas.

Para recoger la abundante cosecha que se ofrece aún a la ciencia natural en estos lugares, hace falta una estancia más larga y excursiones al interior de las distintas islas y en particular a las del sur que son las más prometedoras. Queda todavía mucho por hacer, y trabajo en abundancia.

Las Filipinas pueden vanagloriarse de historiadores más minuciosos que muchos reinos europeos.⁴ Tenemos que agradecer al traductor de Zúñiga el habernos ahorrado tener que detenernos en esta desagradable historia que sólo se compone de una mezcla de disputas monásticas y de las luchas del poder espiritual con el temporal, en donde las descripciones de las misiones de China, Japón, etc. aparecen bajo una luz muy poco favorable. Fr. Juan de la Concepción ha hecho avanzar la historia hasta el go-

4 Antonio de Morga, *Sucesos de Philipinas*. México, 1603. Pedro Murillo Velarde, *Historia de la Provincia de Philipinas de la Compañía de Jesús*. Manila en la imprenta de la Comp. de Jesús, 1749. 2 vols. fol.

Juan de la Concepción, Recoleta Agustino descalzo, *Historia General de Philipinas*. Manila, 1788-92. 14 vols. 4to. Joaquín Martínez de Zúñiga del orden de San Agustín, *Historia de las islas Philipinas*, Sampaloc, 1803. 1 vol. 4to.: una traducción inglesa de esta obra ha tenido ya dos ediciones. *An Historical View of the Philippine Islands, from the Spanish of Martínez de Zúñiga*, by John Maver. London, 1814.

Población de Philipans, fol: Una tabla estadística imperfecta, con muchas erratas en las cifras, impresa en Cavite, en San Telmo, 1817. Parece que desde 1734 han venido apareciendo otras tablas semejantes.

Carta edificante o Viaje a la provincia de Taal y Balayan. por el abate don Pedro de Castro y Amcedo, 1790, 4to.: Ms. en nuestro poder.

Además de estos, mencionamos los siguientes historiadores, que no hemos tenido oportunidad de consultar.

Fr. Gaspar de San Agustín.

Colin, *Historia de Philipinas*. Extracto de Pedro Chirino, *Historia de Philipinas*. 1 vol. fol: Mss. de la Biblioteca del Colegio, y diferentes crónicas e historias de varias órdenes monásticas, o mejor de su Provincia de las Islas Filipinas, que se conservan en ms. en los conventos de estas órdenes en Manila.

bierno de Aranda, ^(b) en el año 1764. Daremos ahora una visión rápida del estado actual de esta colonia española.

Los españoles incluyen bajo la jurisdicción de este gobierno a las islas Marianas y a las Carolinas, de las que tuvieron las primeras noticias por barcos naufragados procedentes de allí, resolviendo extender a ellas su fé y su yugo: y por último las islas meridionales de Filipinas, Magindanao. Joló, etc. posesiones de sus enemigos ancestrales los moros o indios mahometanos, que no cesan con sus piraterías, de llevar la consternación y la ruína por todas las costas en poder de los cristianos.

El presidio de Sanboañgan, en la punta oeste de Magindanao, tiene por objeto poner coto a los desmanes de esta raza, pero en realidad, lo mismo que ocurre con el gobierno de las Marianas, sólo es una fuente de ingresos para el comandante, quien, según los años de gobierno, se calcula que se enriquece por el comercio exclusivo con todos los sueldos destinados a la guarnición y oficiales públicos.

Las expediciones que se envían desde Manila en barcos armados no son de más utilidad, solo protegen el contrabando, y cristianos y moros evitan encontrarse con la misma diligencia. Unicamente la bahía de Manila, que La Peyrouse presentaba como poco segura, parece estar cerrada ahora a los piratas.

Además de los españoles, considerados como extranjeros, y de los chinos, sus parásitos, hay en Filipinas dos razas indígenas: los papúas del interior, y los malayos en un sentido más amplio, que pueblan las costas al sur. Los españoles son poco numerosos. Los chinos, a los que se da el nombre de "sangalese" ^(c) esto es "mercaderes ambulantes" (pudiera llamárseles los judíos de esta parte del mundo) difieren en número en distintas épocas; a veces más, a veces menos. ^(d) Su situación civil no descansa en un acuerdo firme y fijo, y la historia nos los muestra ya tolerados, ya perseguidos, ya como insurrectos. Muchos de ellos, para establecerse con más seguridad, se dejan bautizar y cuando se van de Manila con las riquezas adquiridas, en barcos de su propia nación, con frecuencia envían al arzobispo la blanca vestidura y la cruz de los neófitos que de él recibieron, para que se las imponga a otros compatriotas.

Los papúas, primeros poseedores de la tierra, los aetas o negritos de los españoles, son salvajes, que, sin morada fija y sin agricultura, andan errantes por las montañas, alimentándose de la caza, miel y frutos silves-

b) Debe decir Anda, pues se trata del gobierno interino de don Simón de Anda y Salazar (1762-1764).

c) El nombre correcto es *sangle*, en singular y *sangleyes*, en plural.

d) Se refiere a que muchos chinos llegaban a Manila en abril o mayo, con sus champanes cargados de mercancía, y regresaban a su país una vez realizada la venta. De ahí la fluctuación en el número de los que había en Filipinas.

tres. No se les puede inducir a adoptar ningún otro modo de vida. Incluso los que desde la infancia han sido criados entre españoles son cristianos dudosos y no pocas veces huyen de sus patronos para unirse en despoblado con la gente de su color. Parecen sentir más hostilidad hacia los indios que los echaron, que hacia los españoles que son sus vengadores. Muy poco es lo que se sabe sobre ellos y no tuvimos la suerte de obtener noticias concretas a este respecto. Por lo general los presentan como un pueblo apacible y confiado, y en particular, nunca se les ha acusado de comer carne humana. Andan desnudos, exceptuando un delantal de corteza de árboles. Intentamos en vano ver esta prenda o cualquier cosa fabricada por ellos, y así no podemos precisar si esta corteza se trabaja en bruto, o a la manera de las telas del sur. De esta raza sólo vimos dos muchachas, que fueron criadas en Manila y Cavite con familias españolas. Había además dos hombres condenados a trabajar en las fortificaciones de Cavite.

De los malayos, a quienes los españoles llaman indios, hay diferentes tribus, y gente que hablan distintos idiomas y que, según la historia, proceden de Borneo y Magindanao. Muchas tribus del interior han conservado su libertad: los habitantes de las costas son cristianos, en manos de los monjes y sujetos a la Corona española.

Las tribus independientes merecieron nuestra atención más particular, pero no pudimos obtener ninguna nueva información acerca de ellas. Difieren unas de otras en muchos puntos, y lo que es aplicable a una no puede hacerse extensivo a todas. Es de notar que en algunas de ellas la castidad es tenida en gran estima, no sólo entre las mujeres, sino también entre los jóvenes y está protegida por leyes severísimas. En otras existe una especie de circuncisión que dicen es una costumbre primitiva, cuyo origen debe buscarse en el mahometismo.

Los indios de Filipinas son por lo general un pueblo amigable, inofensivo, alegre y limpio, cuyo carácter nos recuerda más a los habitantes de las islas orientales, que a los verdaderos malayos, o los crueles Battas. La corrupción de costumbres sólo reina en la clase más baja que rodea a los extranjeros en Manila y Cavite. Por lo que respecta a los modales, hábitos y numerosas supersticiones de estas gentes, nos remitimos a las autoridades citadas, y al viaje de Pigafetta.

La tabla de población de 1815 calcula en dos millones y medio los súbditos de España en la jurisdicción de este gobierno.⁵

La recepción del bautismo se considera como signo de sumisión. En este número no están incluidas dos mil familias de indios sin convertir (Tinguanes) de la provincia de Ilocos, al norte de Luzón; más de mil fa-

5 El modo usual de hacer el censo es por el tributo que paga cada familia. Un tributo se calcula en cinco almas. En la misma talla dice que, desde 1734, la población ha aumentado en 1.700.000 almas.

milias de la montaña de esta misma provincia (Igorrotes) ⁶ mil doscientas de los negritos de dicha montaña; y por último, más de novecientas de los indios no convertidos de la provincia de Calamianes, todos los cuales pagan tributos en diferentes géneros y, particularmente, los negritos en cera virgen. La población de Manila se calcula en nueve mil almas sin incluir al clero, la guarnición y los españoles establecidos, europeos y chinos que hacen de cuatro mil a seis mil.

Manila, con su puerto de Cavite, parece ser la única ciudad española de consideración en las Filipinas. En las provincias se ven elevarse los esplendidos edificios y templos del clero, entre las leves y limpias cabañas de los indígenas, que, como en tiempos de Pigafetta se alzan sobre postes de caña de bambú, entrelazados con cáamo espinoso. Están cubiertas de hojas de nipa y puede comparárselas a elegantes jaulas de pájaros. Con frecuencia el fuego consume estos pueblos con la misma facilidad y rapidez que si se tratara de la hierba seca de las sabanas; y a los pocos días vuelven a surgir de sus cenizas.

Los españoles de Manila viven principalmente en la parte de la ciudad que está debidamente fortificada, en la margen izquierda del río. Los arrabales de los chinos, rodeados de tiendas y puestos, y los de los tagalos con hermosos jardines, se extienden a la orilla derecha. Las calles de la ciudad son rectas. Las casas sólidas, de un piso construido sobre un bajo que no se usa. La humedad de la estación lluviosa ha enseñado a los españoles a seguir el ejemplo de los nativos. Por fuera están enteramente rodeadas de galerías cuyas ventanas, en lugar de cristales, están provistas de conchas transparentes. Las habitaciones aireadas, espaciosas y sombreadas, ofrecen un agradable refugio contra el calor. La arquitectura de los conventos e iglesias, que son los principales edificios de la ciudad, no es mala. A causa de los terremotos, los muros son de un espesor extraordinario y reforzados con contrafuertes. Algunas de estas iglesias poseen cuadros de buenos maestros; varios altares están adornados de imágenes de madera que no carecen de valor como obras de arte, y que se deben a los indios. Pero lo que estos hacen no se valora aquí.

Empleamos las breves horas pasadas en Manila principalmente en los conventos, donde teníamos la esperanza de obtener informes sobre temas importantes. En los seminarios de las misiones chinas y japonesas no encontramos ni un monje versado en las ciencias y literatura de estos pueblos. Los extranjeros aprenden en su mismo punto de destino las lenguas necesarias; y lo que uno pide en las bibliotecas de Manila es precisamente lo que ellos quieren, a saber, la sección de filología y literatura de las lenguas

6 La fisonomía de estos Igorrotes de Ilocos y su color mas claro, provienen de que se mezclaron con los compañeros de Limahon, que huyeron a las montañas cuando Juan de Salcedo sitió a los chinos en Pangasinan.

del interior y de las naciones que desean convertir a su fe, mediante los misioneros allí enviados.

La inquisición parece ahora estar adormecida, pero aún perduran los hábitos de cautela y se nota que la gente se siente intranquila, y la teme como un espectro al que no se ve.

Los españoles que aquí viven ostentan un gran lujo. Los carruajes son numerosos y elegantes. La profusión de sus platos, y la cantidad de comidas que dan en un día, casi produce hartura. El objeto de todos ellos es amasar riquezas y hay un conocido proverbio español que dice: "No he venido a las Indias simplemente para mudar de aires".

Una mayor libertad hará floreciente el comercio de Manila: y las restricciones a que se le somete en Cantón pueden dar por resultado que el mercado entre la China y el resto del mundo se traslade aquí. Todos comercian y los monjes, que son los que poseen el dinero efectivo, están dispuestos a confiárselo a especuladores mediante determinados beneficios, y para ciertas empresas en cuyos riesgos participan. El azúcar y el añil parecen ser actualmente los principales artículos que se buscan para los mercados europeos; el algodón y géneros de fabricación indígena, se exportan a Méjico. Los chinos compran *trepang* y *nidos de pájaros*. Las conchas que en muchas partes de la India sirven de moneda, y que suministran estas islas, las perlas, nácar, ámbar, etc. apenas si pueden tomarse en consideración. Las islas podrían dar muchos más productos para el comercio de los que en realidad dan: el café, de calidad particularmente excelente, se cultiva sólo para el consumo local y lo mismo ocurre con el cacao. La canela que según dicen crece silvestre en muchas partes de las selvas, el sagú, etc. no parecen haberse convertido en fuentes de riqueza.

Cuando la separación entre América y la metrópoli haya sido sellada por la historia, todavía le quedarán a la Corona de España las islas Filipinas, y, con una administración más sabia, éstas pueden compensarla de la pérdida de un territorio inmenso, al que no supo sacar las ventajas que ofrecía.

Los indios son propietarios, y súbditos libres, siendo tratados como tales. Los fuertes, que se construyen por toda la costa para protegerlos de los moros, están en sus manos y ellos los guarnecen. Los privilegios de su nobleza han caído en desuso. Cada distrito, cada pueblo escoge a su jefe, y no se hace otra cosa que confirmar su elección. Estos gobernadorcillos, capitanes, etc. a quienes los españoles les dan el tratamiento de *don*, poseen toda la autoridad legítima, pero la consideración, las riquezas y el poder, son de los monjes. Los padres, que gobiernan al pueblo, les sacan el dinero de diversas maneras y después de pagados los derechos de la iglesia, y de haberse guardado los curas lo mejor, el pobre se desprende de sus últimos ahorros, para comprar escapularios y estampas.

El tributo que se paga al rey, es una carga razonable, pero el mono-

polio del tabaco, que es uno de los artículos de primera necesidad, sin distinción de sexo ni edad, resulta muy oneroso. Los campos, que antiguamente cultivaba la gente por cuenta propia, están ahora en barbecho. El indio teme que cada nuevo producto le traiga un nuevo impuesto. Por la areca, cuyo fruto se masca con la hoja de betel y la cal, se paga sólo un pequeño derecho.

El alimento del pueblo es el arroz; y con él todos los frutos de que tan pródiga se ha mostrado la naturaleza en este fértil suelo, y entre los que citaremos el tan elogiado mango,⁷ dos clases de árboles del pan (la común de las islas del Mar del Sur y la característica de las Filipinas), el plátano y el coco.

En un principio los animales domésticos de este archipiélago eran el cerdo, la cabra, el perro, el gato, las aves de corral, el ganso, y según Zúñiga, también el caraboa (sic) o búfalo de las Indias Orientales,⁸ que no debe confundirse con el del sur de Europa y sobre el cual, nos remitimos a la descripción de Marsden.⁹ El caraboa se encuentra en las montañas en estado salvaje. Los españoles fueron los primeros en introducir nuestras especies de vacuno, el caballo y la oveja.

La pelea de gallos, citada por Pigafetta, es la mayor diversión de los indios. Un buen gallo de pelea constituye el orgullo y la delicia de su amo, que lo lleva en brazos a todas partes. En la casa, lo tienen amarrado por una pata, y lo atienden con el máximo cuidado. Su amor a la lucha y el valor de estos animales se deben a la sobriedad a que se les somete.

El vino de palma o más bien aguardiente, es hoy lo mismo que en tiempo de Pigafetta, la bebida favorita de los indios. La primera descripción de la forma de obtenerlo la encontramos en Marco Polo.

La flor del cocotero se ata antes de que abra, con la punta cortada, amarrándoles un recipiente de bambú que recibe el jugo que va saliendo. Este jugo se recoge dos veces al día, y cuando se agota una de estas fuentes, madura otra en el mismo árbol, que ocupa su lugar. De este jugo, que recién salido es una bebida muy refrescante, se obtiene, mediante distintos

7 Zúñiga duda si el mango era originalmente nativo, o lo llevaron los españoles de la costa del continente. El mismo escritor, más inexplicablemente, cuenta la caña de azúcar entre las plantas traídas aquí por los españoles. Pigafetta menciona expresamente la caña de azúcar en Cebú. Don Santiago de Echaparre ha tratado en vano de aclimatar la nuez y el castaño. Los sembró ambos con cuidado, pero sin éxito, varias veces, en las montañas del interior, y en los bordes de las selvas.

8 Pigafetta no parece haberse encontrado con el *caraboa* (sic) en las islas de este archipiélago que visitó. Menciona solamente el búfalo de Borneo, con el elefante y el caballo. La palabra *caraboa*, *Karbare*, es malaya.

9 Marsden, *Sumatra*. pág. 94 de la primera edición.

procesos, vino, vinagre, aguardiente o melaza.¹⁰ Muchos cocoteros no pueden dar fruto por su desarrollo demasiado exuberante. Para evitar ésto, se suelen hacer profundas incisiones en el tronco. Pero cuando un árbol ha perdido así su utilidad, lo talan, y las hojas sin abrir del centro de la copa, constituyen un plato muy agradable.¹¹

Una determinada especie de plátano (*Pisang*, *Banana*) que da un fruto pequeño y comestible, se cultiva por el lino que se obtiene del tronco y que parece merecer la preferencia sobre otros muchos: Las fibras tienen toda la longitud del tronco (unos ocho pies), y son de diferente finura, según están situadas en el exterior o en el interior, así que la misma planta suministra el lino con que se fabrican los excelentes cables, empleados aquí en su mayor parte por la marina española, y el que se utiliza para tejer las primorosas camisas de finas rayas que son parte de la indumentaria de este aseado pueblo.¹²

Una palmera (*palma de cabello negro*) da una corteza negra y resistente, que se emplea también para fabricar cuerdas y cables. (Los cables chinos trenzados con cáamo espinoso, que se ven obligados a utilizar muchos navegantes del gran Océano, son, según dicen, los peores y menos seguros). Esta palmera se cultiva y multiplica por su gran utilidad.

Por último debemos mencionar el bambú y el cáamo espinoso como las plantas más aprovechables de este hemisferio.

El tagalo con su bolo (cuchillo bien afilado que lleva constantemente a su costado, única herramienta que emplea en todos sus trabajos mecánicos, y que al mismo tiempo le sirve de arma) se construye su casa de bambú y cáamo espinoso, proveyéndola de todos los utensilios y vasijas necesarias. El suelo le proporciona carne y bebida, tela para vestir, tabaco, areca y betel, para su solaz. Un gallo de pelea lo hace feliz. ¡La naturaleza es aquí tan generosa! ¡El hombre tan fácil de contentar! ¡Necesita tan poco para su sustento y su alegría, y sin embargo no siempre puede conseguir ese poco!

10 La melaza dulce de las islas Pelew se obtiene del cocotero, de este modo. El licor fermentado o destilado, no parece haberse introducido allí.

11 Nosotros observamos, especialmente en Guahon la esterilidad del cocotero, o según la expresión española "volverse loco" dicho árbol, y los remedios empleados contra ello.

12 Los carolinos también preparan sus telas que parecen esterillas, con la fibra del plátano, que según el informe de Kadu, cortan para este objeto antes de que de fruto. ¿Tienen ellos también la especie antes citada?